

El despertar de la inquietud de sí

Autores

Jairo Báez

Carol Fernández Jaimes

Néstor Raúl Porras Velásquez

COLECCIÓN **INVESTIGACIÓN**

Serie Psicología



LOS LIBERTADORES
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2020

© Coautores

© Fundación Universitaria Los Libertadores
Bogotá, D.C., Colombia.

Laura Rodríguez Mejía
Corrección de estilo

Cra. 16 No. 63A-68 / Tel.: 254 47 50
www.ulibertadores.edu.co

Dayro González Vargas
Diagramación

Juán Manuel Linares Venegas
Presidente del Claustro

Diego A. Martínez Cárdenas
Coordinador Editorial

Ángela María Merchán Basabe
Rectora (e)

María Angélica Cortés Montejo Vicerrectora
General

Los autores declaran que esta investigación fue financiada por la Fundación Universitaria Los Libertadores en el marco de la Convocatoria de Investigaciones internas de la institución.

Los conceptos emitidos en esta publicación son responsabilidad expresa de sus autores y no comprometen de ninguna forma a la Institución. Se autoriza la reproducción del texto citando autor y fuente, únicamente con fines académicos. En caso distinto, se requiere solicitar autorización por escrito al editor.

Contenido

1. **INTRODUCCIÓN**
2. **TRAS EL RASTRO DE UN SABER PERDIDO**
 - Introducción
 - Lo que enuncia el ser hablante en la actualidad
 - La conciencia: una pregunta obligada
 - Antecedentes de un saber perdido
 - Empieza la confusión
 - El saber perdido, hoy
 - REFERENCIAS
3. **DEL CUIDADO DE SÍ Y OTROS ELEMENTOS PARA EL SURGIMIENTO DEL SER**
 - Introducción
 - El ser es lo que hay que hacer ser
 - De la caída a la angustia
 - Valerse del lenguaje: de la comprensión y el encontrarse
 - La inquietud y cuidado de sí para un vivir bien
 - REFERENCIAS
4. **EL TRABAJO SOBRE SÍ MISMO COMO PRÁCTICA ÉTICA DESDE LA PSICOLOGÍA DEL TRABAJO**
 - Introducción
 - El contexto social de la reflexión sobre el trabajo
 - Psicología de la salud laboral
 - Los factores de riesgo psicosociales
 - Tres ejemplos actuales de los efectos de las nuevas condiciones de trabajo en la salud mental
 - El síndrome de “Burnout”
 - El mobbing
 - La adicción al trabajo
 - Psicología y trabajo: una relación productiva
 - Pensar la psicología del trabajo desde la perspectiva de Michel Foucault
 - ¿Qué es la psicología para Michel Foucault?
 - El pensamiento y el pensar
 - Las relaciones de poder y las posiciones subjetivas
 - Conócete a ti mismo
 - El cuidado de sí y su relación con el conócete a ti mismo

La inquietud de sí
Conclusiones
REFERENCIAS

1 INTRODUCCIÓN

El trabajo acá mostrado, parte en sus inicios de una fundamentación teórica y práctica basada netamente en planteamientos psicoanalíticos de la corriente freudiana y lacaniana; es así como se erigió una apuesta desde preceptos como la ética de la palabra, el inconsciente, la pulsión, la transferencia, la compulsión a la repetición, el sujeto del lenguaje y del deseo, trazando una praxis que avalaba la consideración del dispositivo analítico como instrumento de investigación e intervención del sujeto de estudio; este último que, para el momento inicial, fue ubicado en la psicosis. Desde este punto de partida, se logró el encuentro con la institución en pleno, como los hospitales psiquiátricos, las entidades públicas de bienestar social, la empresa, las ONGs y las universidades. Ocho proyectos de investigación transcurrieron¹ a partir de una escucha flotante y la reflexión crítica en torno a las bases epistemológicas, teóricas y metodológicas que amparan nuestra forma de investigar, para responder a interrogantes que giraron en torno al deseo de la institución, el deseo de la familia, el deseo y goce del sujeto psicótico, y el deseo de los investigadores y psicólogos que propenden por un abordaje desde la emergencia de un sujeto del lenguaje para, finalmente, hallar que el psicótico no es el portador de un diagnóstico como esquizofrenia, paranoia, maniaco-depresión, entre otros, sino quien resuelve su relación con el otro y con el Otro por medio de la forclusión; ésta, entendida como una defensa psíquica que no puede catalogarse como mejor o peor respecto de otras, como la represión o la denegación. En ese sentido, se estableció que la psicosis, o cualquier otro nombramiento peyorativo que se le pueda hacer a un sujeto del lenguaje no es una patología o una enfermedad, sino una manera de lazo social; este hallazgo, implicó reevaluar las consideraciones sobre normalidad y anormalidad, la verdad y el valor, pensando, específicamente, en lo irrelevante de encasillar el actuar subjetivo en estas dos posibilidades, para lo cual surgió como respuesta, la importancia de trascender todo tipo de categorización en el abordaje del sujeto del lenguaje.

Partiendo de la premisa de que la psicosis es una forma de posicionamiento subjetivo, que no sólo se halla al interior de las instituciones de salud mental,

1 Factibilidad de la intervención desde el psicoanálisis en el problema de la psicosis y la inclusión social". "Resultados de intervención desde el psicoanálisis en el problema de la psicosis". "Aportes del dispositivo analítico al modelo Ecoterapia de intervención con paciente psicótico". "Efectos de las políticas institucionales en la condición y concepción del psicótico", "De la política a la locura en la obra de Jacques Lacan", "Propuesta de intervención en los problemas de lo humano y su lazo social desde los hallazgos de la línea de investigación psicosis y psicoanálisis".

es que se considera necesario virar la vista hacia el exterior de la institución. El referente próximo de ese momento fue el habitante de calle o también denominado indigente, puesto que se identificó que quienes ingresaban a los hospitales psiquiátricos o programas de salud mental, eran portadores de una experiencia previa de habitabilidad en la calle. Por ser así, se plantea el proyecto “El lugar del sujeto que habita en la calle” el cual tenía como finalidad, trascender la cuestión de pensar únicamente la psicosis y ampliar la mirada hacia el lugar particular que asumen determinados sujetos del lenguaje, ¿Qué conduce a un sujeto del lenguaje a vivir en determinadas condiciones? ¿Son psicóticos o locos quienes optan por hacer de la calle su escenario vital? Estos, y otros tantos interrogantes, dirigieron el proyecto emprendido con los sujetos “de la calle”, quienes en el transcurso de la investigación fueron contundentes en reafirmar el planteamiento inicial de los investigadores: lo bueno y lo malo, lo normal y lo anormal, no son más que espejismos fundamentados y avalados por ciertos discursos; en este caso específico, el discurso de la salud mental. Parafraseando las palabras de uno de los sujetos, “ustedes creen que viven muy bien porque tienen que hacer fila para pagar impuestos, cumplir horario, yo gano mi dinero, hago lo que quiero” o “nosotros somos el eslabón más importante de la cadena productiva”. Y así como estos, multiplicidad de enunciados y enunciaciones de los cuales se logró extraer más que respuestas o amplia claridad, un valor agregado: dos amplios cuestionamientos difíciles de agotar o resolver, pero a las cuales se les ha intentado dar una comprensión y un entendimiento al interior de la línea de investigación.

El primero, teniendo en cuenta que existe multiplicidad de programas destinados a la inclusión social del excluido (denominados habitantes de calle, enfermo mental, delincuente, infractor) y que la mayoría desembocan en una apuesta por la inclusión laboral, educativa y social en general, que no se hace efectiva por distintas razones, entre ellas: diferentes formas de producción que están siendo desconocidas desde las políticas de salud mental; además, sujetos que optan por posicionarse de una manera diferente respecto de la lógicas de mercados capitalistas liberales, que difícilmente se dejan seducir por los objetos que propone el discurso mercantil neo-liberal; sujetos que no encuentran favorabilidad ni futuro en el modo de escolarización y formación profesional ofrecido; sujetos que no se convencen del modelo político ofrecido por el Establecimiento. Por ello fue que se propuso desarrollar otros proyectos como, “Configuración de la inclusión laboral en el discurso de la salud mental: posibilidades reales, simbólicas e imaginarias de la inclusión laboral del enfermo mental” y “De la locura a la política en la Obra de Jacques Lacan”, que arrojan datos para sostener que la producción y el sujeto productivo van más allá de responder a un modo particular de producción impuesto por el

Establecimiento; que una economía del día a día o del intercambio de bienes y servicios, sin tener como precepto una ganancia como excedente necesario, no son las únicas formas que permiten el existir en comunidad y subjetivamente. Lo mismo hemos apreciado cuando nos acercamos tangencialmente al discurso que sostiene aquellos que aún hacen del mito una realidad, acercamiento a aquellas comunidades que a pesar de los llamados a la inclusión e igualdad de los derechos humanos, siguen siendo denominados “primitivos”. De otro lado, el nombre propio emerge como contrapropuesta a la homogenización de comportamientos, sentimientos y formas de pensamientos para poder existir; el nombre propio, refiere que todo sujeto del lenguaje, siempre y cuando se le permita emerger en su potencial, puede hacer lazo social y ser, sin afectar negativamente al otro. No obstante, quedaban muchos interrogantes sobre la ponderación y relación de la producción con la salud mental, aquella que se nos antoja como pensadores de la psique, bastión de la relación social y que valdría la pena estudiar con mayor detalle para poder tomar una posición que sobrepase el lastre de las propuestas que se empoderan como únicas posibles de hacer existir al humano en sociedad.

El segundo gran interrogante, que fue fundamental en los últimos proyectos, versa sobre el discurso y el dispositivo, que en todo el recorrido de la investigación habían emergido desde los diversos ángulos, entrecruzándose con un saber no sabido; esto es, aún no pasado por la comprensión y la detenida reflexión. Si bien, como se ha mencionado, la investigación se sustentó en sus inicios en preceptos netamente psicoanalíticos y desde allí, el entendimiento de un discurso en los tres momentos lacanianos: el discurso como estructura que excede la palabra pero que se gesta en el campo del Otro, el discurso como modo de goce, de verdad y de lazo social y, finalmente, el discurso como *sinthome* en su articulación real, simbólica e imaginaria; sin embargo, esta concepción dogmática del discurso mostró sus fisuras no en tanto teoría sino en su acepción práctica, y condujo a que se avanzara en su consideración y aceptación a planteamientos filosóficos, lingüísticos, políticos, económicos, artísticos y psicoanalíticos, que ponen en serie a Parménides, Platón, Nietzsche, Hegel, Kant, Heidegger, Kierkegaard, Foucault, Derrida, Lacan, Freud, Saussure, Barthes, Hjelmslev, Rancière, Schmitt, Smith, Joyce, otros, para proponer como un indispensable comienzo el gestar un marco epistemológico y teórico actualizado, que permitiera intervenir en los problemas de lo humano. Ya con una propuesta propia de comprensión, entendimiento y praxis en el terreno de lo que concebimos como lo psíquico, el principal interés de la presente investigación fue el despertar la inquietud de sí en sujetos que arbitrariamente son ubicados como estudiantes universitarios o en formación superior.

En consecuencia, el presente texto, producto de este último proyecto de investigación, en línea con los ya nombrados, busca poner en escena la propuesta para la intervención en los problemas de lo “humano” y su lazo social. Se propone hacer emerger un sujeto del lenguaje en su propio modo de existencialidad; la escucha sorda (escucha del significante, no del significado) es el derrotero para que la inquietud y cuidado de sí, haga presencia en cada uno de aquellos estudiantes universitarios que escuchamos y, de allí, se vean sus efectos en una forma propia de hacer lazo social².

Lo ya investigado y nuestras previas reflexiones críticas, nos llevan a enunciar que los saberes hegemónicos y dogmáticos, amparados en la lógica donde el sujeto que conoce, no tiene discusión, (no se puede dudar que conoce), y el objeto de estudio, es incuestionable, existe per se, (separado y diferenciado del otro que conoce), en que se sustenta el discurso psicológico, han permeado las prácticas sobre el humano y sus problemas desde hace más de cien años; tiempo en el cual, no sin diversos aciertos, pero, también, con muchos desaciertos, se sigue apostando por el mantenimiento del discurso psicológico en el plano de lo empírico-analítico, en sacrificio del sujeto mismo. Es así como en pro del mantenimiento de la ciencia y la verdad infranqueable de una apuesta teórica, se tiende a olvidar lo fundamental de la teoría: trazar un camino, una ruta, una posibilidad para pensar e intervenir en el acontecer humano.

De ahí que más allá de continuar en una propuesta cimentada en la teoría empírico analítica y de amplia aceptación en los cánones académicos y sociales, se vio la necesidad de recapitular, retomar, revisar lo que hasta el momento, la línea de investigación había venido desarrollando en aras de proponer asentados en la deducción, -sacrificada por un devenir analítico que prefiere la inducción-, un marco de referencia teórico, inacabado por supuesto, pero en procura del sostenimiento de una coherencia y consistencia que vele por rescatar las distintas posibilidades de ser y existir, dando espacio a distintos escenarios de aplicación pero a la larga uno solo: el modo de existencialidad. Se retomó el lenguaje, la palabra, el discurso, el dispositivo, el sujeto, el lazo social, lo normal y lo anormal, lo político, la política, para sustentar una nueva forma de reflexionar lo psíquico y lo relacionalmente humano, con posibilidades de dar comienzo a un saber que no se debata en la división en aras de la experticia. El esfuerzo analítico e inductivo es viable, pero pierde su dimensión si no es capaz de volver a sintetizarse en un todo para responder a un problema que hemos de reconocer, los que fungimos como trabajadores en lo psíquico, como

2 Bález, J. (2018). *Ontocracia. Una carta larga*. Bogotá. Fundación Universitaria Los libertadores.

lo esencialmente humano. Acá insistimos en que los hechos no se comprenden ni se explican por separado, permitiendo crear a posteriori una teoría; acá la teoría debe explicar y comprender todos y cada uno de los hechos; y si al menos uno, no se corresponde con la teoría, es la teoría la que entra en crisis, nada podría justificar su inoperancia.

Hasta el momento nos es posible sostener la rivalidad constante entre sujetos del lenguaje, pero, precisamente, es el lenguaje el que permite tomar el control sobre dicha rivalidad. En consecuencia, se puede afirmar que el sujetarse a la palabra implica el contener dicha rivalidad y no aumentarla ni racionalizarla y, con ello, plausible contradecir la tesis de Schmitt³, de que lo político radica en la diferenciación entre amigo y enemigo. La palabra emerge para matizar la rivalidad, para entender y comprender que no hay enemigo ni amigo, sino solamente una petición de conservación en tanto sujeto del lenguaje y como grupo, que pasa por la imaginaria concepción de enemigos o amigos allí donde no existen y en cambio sí, una angustia vital que corresponde solamente a la relación consigo mismo y no a ninguna rivalidad con el otro. Si ese ente que habla se sujeta a la palabra es, precisamente, para poder responder de otra manera a la rivalidad constante, pero más producto de la angustia vital que a una auténtica rivalidad entre enemigos reales; esto es, para hacerse a su propio modo de existencialidad. Mas sin embargo, el sujetarse a la palabra no implica que la rivalidad desaparezca por completo, esos rezagos son los que precisamente mantienen al ser hablante en continuo hablar y, todo eso, por la angustia.

Obedecer al lenguaje es obedecer al inconsciente, pero ante la mediación de la palabra. La palabra es, por antonomasia, la que permite la manifestación del inconsciente en concordancia con la responsabilidad política del lazo social; sin ella, el inconsciente se manifiesta pero en otro acto, que no es, precisamente, el acto de la subjetivación propiamente sino el acto del goce, acto de la molestia y la victimización por excelencia. Se denuncia la no subjetivación "propiamente" porque tampoco se puede descartar su ausencia total; sólo que sería una subjetivación marcada por la falta de la acción que hace a un sujeto político y, en cambio, sí ubica al sujeto del lenguaje, imaginariamente, como objeto atormentado por la política.

Si se asume en su rigor que el hacer surge de la subjetividad y que ésta es única, no se podrá esperar las mismas acciones de todos los seres hablantes

3 Schmitt, Carl. (1939/2009). El concepto de lo político. Madrid. Alianza.

que han de conformar un lazo social; si se asume con rigor la singularidad de la subjetividad de cada ser hablante, lo esperado ha de ser acciones, pensamientos y reflexiones dispares que permitan la formalización del lazo social. La sinergia de subjetividades dispares habrá de oponerse al proceso de identificación cuando se piensa la potenciación de un lazo social entre sujetos de lenguaje que emergen en la palabra.

Los hallazgos obtenidos previamente evidencian que el sujeto del lenguaje, independiente del logo que se le pueda dar desde un modo de existenciariedad determinado, hegemonizado y empoderado en un espacio-tiempo preciso, (habitante de la calle, psicótico, narcotraficante, desplazado forzado, normal, enfermo, niño, adulto, analfabeta, universitario, etc.), no es ningún residuo de una tragedia social marcada por fenómenos como la violencia, el abuso sexual, el maltrato, el desplazamiento, el desarrollo, la fisiología, las diferencias sociales y culturales, el modelo económico, etc., sino que se configura como un sujeto de lenguaje que emerge en otro modo de existenciariedad, que marca una brecha con el modo de existenciariedad que, solamente, en lo imaginario, se sostiene como hegemónico y dominante. La evidencia permite asegurar que el sujeto de lenguaje crea una cadena significativa suficiente para brindarle una forma de existir.

Esta misma situación señala entonces, que existe un sujeto político que emerge del lenguaje y en la palabra, y que existen unas políticas que de alguna u otra forma marcan un derrotero que se configura como un modo de existenciariedad imperante en el cual, imaginariamente, se inscriben las mayorías o que marca una única posibilidad de inscripción en tanto modo de existenciariedad prevalente; empero, en medio de esas prácticas que pueden establecer un modo de existenciariedad, se encuentra un sujeto político que asume una posición dentro de ese modo de existenciariedad particular; por consiguiente, ver el ejemplo del denominado habitante de calle, o el denominado psicótico, señala un sujeto político que se asume en otro modo de existenciariedad y, allí, se pone en escena dentro del mundo para existir de una manera distinta a la demandada por el actual discurso neoliberal.

En la misma medida, se encuentra que hablar de salud mental es hablar en términos de normalidad y, que hablar de ésta, implica reflexionar y decir desde una postura única posible: el sujeto productivo dentro de las concepciones que propone el libre mercado. Esto último vuelve y ratifica el peso del modo de existenciariedad, vuelve y ratifica los efectos de una palabra que está allí atravesando al sujeto y que lo performan de tal manera que se reduce la existencia

a una única posibilidad: la existencia dentro del modo de existenciariedad neoliberal.

Así, el texto, como producto de una investigación, se desliga de las pretensiones del modo de existenciariedad llamado ciencia empírico-analítica, en tanto que propende por no movilizarse en modos de existenciariedad que se han asumido dogmáticamente, dejando a un lado otras posibilidades de existencia. Aunado a ello, tampoco se centra en la materialidad del mundo, dado que nuestro objeto de estudio es la psique, lo psicológico, algo inmaterial; el objeto de estudio no es una cuestión de materialidad que se observa, mide y cuantifica, sino que se aleja de dicha tópica para centrarse en ese primigenio concepto griego de la episteme. El saber de sí mismo y el hacer obligado a partir de un modo de existenciariedad que se hace brotar. Así, no se pretende instaurar lógicas discursivas que se asuman como verdades fácticas o verdades que se mueven en el plano de la causa y el efecto indiscutible, sino que se propende por la propuesta de otra lógica que reconoce la imposibilidad de allanar lo real y que, en esa misma medida, pone en el modo de existenciariedad otra posibilidad de ser, otra posibilidad para decir y hacer; y, estas tres, anudadas en su férrea consistencia y coherencia.

CAPÍTULO 2

Tras el rastro de un saber perdido

Introducción

El presente texto se concibe como un paso más en lo fundamental del comprender, el entender y el aplicar los hallazgos de una línea de investigación que inició con el nombre de “Psicosis y Psicoanálisis”, aquella que partió de algo muy puntual, encontrar el lugar del previamente denominado paciente psicótico, en un sistema laboral ofrecido en un modelo exclusivo de producción de bienes y servicios y que hoy nos ha llevado hasta el interrogante que dé cuenta del sujeto del lenguaje (ese denominado “humano”), y el lazo social que él pueda hacer para poder soportar una existencia. En esta ocasión, en continuidad con ocho (8) proyectos anteriores, que le dan lugar, se propone poner en el terreno, (en el hacer), los hallazgos y resultados obtenidos, luego de la actualización de los conceptos que han emergido como fundamentales en la experiencia investigativa y que permiten proponer una nueva forma de operar para aquel que se considere preocupado por lo psíquico. Por lo anterior, se tiene como objetivo general la puesta en práctica de la propuesta de reflexión e intervención en los problemas de lo “humano”, donde la inquietud de sí emerge como esencial cuando se está preocupado por modular los efectos en la subjetividad y la forma como ese ser, subjetivado “humano”, hace lazo social con otros.

Lo conspicuo en la propuesta está en el hacer en la totalidad, donde lo deductivo se impone sobre lo inductivo como forma de concebir una comprensión, una intelección y una práctica en aquello que podamos nombrar como lo “humano”. Lo analítico y lo fragmentado, se ponen en cuestionamiento; no se trata de pensar un hacer en un campo arbitrariamente delimitado, en áreas tales como educación, trabajo, salud, sociedad, familia, etc. En contrapropuesta, emerge el modo de existenciariedad que permite dar cuenta de que el denominado “humano”, no actúa de forma fragmentada ni dependiendo de un espacio y un tiempo limitados; en cambio sí, como una totalidad que le permite un ser y un hacer con su vida.

Para la ocasión se toma como referente y señal, para poner en escena la propuesta, a aquellos que, por espacio y tiempo, en convenciones preestablecidas para un supuesto entendimiento, se les denomina estudiantes universitarios pero que, tal como se ha dicho a renglón seguido, no es suficiente discriminador ni los hace suficientemente diferenciados. Entonces, la propuesta puso su hacer en esos sujetos de lenguaje que, en el momento, solo son reconocidos por estar matriculados como estudiantes de una institución de educación superior; aquellos fueron los que soportaron la propuesta y afianzaron la confianza de lo hasta acá encontrado y validado por nuestros hallazgos de investigación. A ellos escuchamos, confiados en que por ser sujetos de lenguaje y emergentes en la palabra, lograrán empezar y avanzar en el cuidado e inquietud de sí mismo, bastión olvidado, allí cuando se decidió la ruptura entre un objeto que conoce y un objeto que es conocido.

El proyecto se montó bajo los siguientes lineamientos. El discurso como un modo de existencialidad que permite ver, sentir, pensar y actuar sobre el objeto. (En este sentido, los referentes son Foucault y, por supuesto, todo el trabajo desarrollado al interior del psicoanálisis en la línea Freud-Lacan, principalmente). Bajo ese supuesto, la búsqueda de información se dio a partir de las diferentes señales y referencias que podrían acercarnos al discurso del estudiante universitario; esto implicó ir a escuchar a diferentes actores inmiscuidos en el discurso, tales como los estudiantes, los profesores, los funcionarios de las instituciones encargados de tratar con ellos y las familias; en general, todo el ámbito de lo académico formal, etc. Todo esto, tomando en serio la escucha no dirigida, solo la escucha de estas personas, que hablan espontáneamente, pero que necesariamente están ancladas al mismo discurso que le da lugar. También buscamos esas señales y referencias en los monumentos, -noción propia de Foucault-⁴ tales como: libros, artículos, películas, documentales, instituciones, leyes, decretos, modos de producción, etc.

Lo que nos preocupaba encontrar era el hilo conductor que le da lugar al discurso que atrapa cuerpos y los hace actuar de tal o cual manera. Por tanto, el análisis e interpretación dependió de los hallazgos encontrados. En otras palabras, las intelecciones y comprensiones hechas por los investigadores tuvieron como propósito explicitar de qué forma los cuerpos quedan atrapados en determinada lógica discursiva que los hace sentir, pensar y actuar de determinada y concisa manera. Hacer ver que el profesional universitario no es necesariamente esa persona que asiste a la universidad; sino que muchos

4 Foucault, Michel. (1969/2010). La arqueología del saber. Siglo XXI. México.

otros cuerpos, tales como los del funcionario, los profesores, los familiares, los políticos, etc., hacen parte de ese discurso y encarnan unas acciones que se corresponden y se relacionan unas a otras, trayendo como consecuencia efectos que subjetivamente pueden ser valorados como buenos o malos, etc.

Como colofón anticipado, ciencia, democracia y liberalismo, son los grandes baluartes que ha otorgado hasta ahora la razón; sin embargo, todos tres, débiles y cuestionables cuando se les encara con rigor en su propia discursividad. La ciencia sigue dando tumbos en busca del método que finalmente le permita el acceso a la verdad depurada; la democracia no ha sido capaz de mostrar que realmente el pueblo, el *populus* en pleno, sea el que se gobierne; como tampoco el liberalismo se ha mostrado capaz de regular las relaciones económicas entre los ciudadanos. Los tres, al unísono, muestran rápidamente sus inconsistencias e incoherencias discursivas: no hay verdad, no hay distribución equitativa del poder ni tampoco solvencia económica que satisfaga mínimamente a todos los asociados.

Lo que enuncia el ser hablante en la actualidad

La actualidad neo-liberal, democrática, supuestamente dominada por el espíritu científico, trae consigo malestares propios a ese ser hablante, - que se considera la máxima expresión de la razón -, algunos endémicos otros renovados, pero siempre con sello propio de lo novedoso. Son malestares que vienen directa o tangencialmente asociados a la familia, la sexualidad, la juventud, la educación, la mujer y el ciudadano. Estos malestares pronto aparecen en el acto de escucha; son las quejas constantes del padecimiento de aquel que habla sobre sí mismo y su ex-sistencia.

Si se les escucha bien, brotan de inmediato los orígenes de la familia, que si se miran con mordaz acento, no serían propios de orgullo humano; a menos que en lo humano se vea bien la utilización desmedida de unos muchos por unos pocos. La familia, que nos relata Engels,⁵ en su etimología, señalaría la relación entre el amo y el esclavo. Es en las penurias que ocasiona la tierra ante las pocas manos que la trabajan, lo que hace que el señor busque mano de obra barata y, con ella, la aparición del primer tipo de familia. Así es posible entender los lazos que se crean entre el uno y los otros -el amo y el esclavo- y a lo que desde la pomposidad, vamos a defender como el núcleo fundamental de la sociedad.

5 Engels, Friedrich. (1884/2008) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Alianza. Madrid.

De la relación primaria del amo y el esclavo surge una nueva modalidad de familia, esta vez fundada en la consanguinidad y a razón de abaratar costos. Pronto se hizo caro tener esclavos; ya no era rentable para un amo que no tenía el potencial para comprarlos y mantenerlos. Ante la nueva necesidad de mano de obra barata, surge la casa grande, la idea de la sangre compartida pero también la disminución de costos. El afán de heredar algún día, hace que la relación económica, que podría estar implícita a corto plazo con el esclavo, se extienda en el tiempo y que sea la muerte del amo la que decida la ganancia obtenida por un trabajo en principio desinteresado.

Familias extensas, mayor cantidad de hijos e intereses por casarlos "bien" en procura de mantener el aumento de los bienes y las finanzas fincadas, aún en la producción de tierra. Mano de obra barata, cuando no gratis, mueve los intereses de la familia que sustituye a la antigua donde sus miembros eran el amo y el esclavo.

Con la "des-ruralización" y la urbanización, con el surgimiento de la Ciudad y el abandono del campo, una nueva forma de familia aparece. Ya los campos no son el nicho de producción, ya no se necesita de hijos ni de esclavos, y por eso se le da paso a la familia nuclear. La Ciudad le da lugar a la industrialización, a la producción de bienes y servicios en serie; con la Ciudad industrializada se opaca y pierde ponderación la producción rural. Los hijos ya no son negocio para los padres, no se tiene ninguna seguridad de recoger la inversión; por tal motivo, los hijos empiezan a escasear, y los campos a quedar desolados. Es más que justo, no sería comprensible invertir para perder. Así pues, del esclavo se sigue al hijo y del hijo se llega a un obrero.

Si los campos son abandonados y si los padres no quieren tener hijos, si los matrimonios y las relaciones familiares en la actualidad muestran una configuración diferente, no es por motivos fundados en enfermedades o patologías antes ausentes. La desidia a tener hijos, el abandono de los hijos tenidos, la presteza con la que los vínculos familiares se deshacen, se justifican en las nuevas formas de sustento económico para cada uno de los seres hablantes que conforman esta sociedad. Un padre que no encuentra seguridad en la crianza de un hijo para su futuro, que le señala necesidades a las cuales no puede responder en su incapacidad física y mental propias de la vejez, no tendrá motivaciones suficientes para asumir una responsabilidad familiar duradera. Un hijo que no percibe un futuro económico asegurado a partir de los modos de producción de una familia, con convicción la abandonará y buscará un lugar donde pueda tener mínimas probabilidades de sobrevivencia.

Hoy el lugar del futuro está en la Ciudad industrializada, en la fábrica de productos y bienes en serie. Grandes migraciones del campo a la Ciudad se vienen dando desde la aparición y depuración del concepto industrial; la Ciudad es cada vez más grande, habitada por gran cantidad de seres hablantes que buscan su inclusión en el mundo productivo a partir de un puesto que les produzca la renta para vivir, sobrevivir y, en lontananza, a lo sumo, trascender. Es el empleo, en el sistema de mercadeo industrial, lo que pone en sacrificio la durabilidad de la familia.

Así las cosas, se esconde una paradoja en la familia actual habitante de la Ciudad; las familias que se conforman para producir hijos lo hacen bajo condicionamientos afectivos y pierden de vista las motivaciones económicas que subyacen a su engendramiento y crianza. No obstante, el encantamiento afectivo no es suficiente y termina por desmoronarse ante la inclemencia del pedido económico; el saldo final se sintetiza en lo que se dice son los malestares actuales de la familia: abandono y maltrato de los hijos por parte de los padres, maltrato intrafamiliar, maltrato conyugal y abandono de los padres por parte de los hijos. En la familia se ubica el lugar de la destrucción y falta de construcción del ciudadano; el lugar que todos los miembros quieren abandonar ante los primeros embates propios de los conflictos de la convivencia bajo un mismo techo y el emerger de las obligaciones socioeconómicas. Si se analizan los malestares actuales de la familia desde un punto de vista adaptativo a las nuevas exigencias sociales, son más que lógicas las acciones de cada uno de los miembros que renuncian a su lugar en la familia. No es comprensible mantener la institución familiar cuando ésta no otorga nada a ninguno de sus miembros; antes por el contrario, mantener una familia en los términos tradicionales puede ser contraproducente para la vida de las personas que habitan la Ciudad.

Hay una falla entre el antiguo modelo de familia patriarcal y el actual modelo de producción liberal. La falla es entendible en la discontinuidad patente en la formación de un ser para la familia y un ser para un modelo de producción que no la tiene en cuenta. La familia y el miembro formado para ella, eran comprensibles cuando ésta era sostenida y mantenida para la tenencia de la parcela, que de por sí le era propia; sin embargo, ahora, cuando el libre mercado de bienes y servicios no se conduce de la formación previa de su mano de obra, es evidente que la familia patriarcal es víctima de una estafa. El modelo de producción liberal se lucra a expensas de las pérdidas incalculables de la familia patriarcal que pone, de manera inocente, un producto ya terminado para el usufructo de aquel que nada tiene que invertir en ello. La estafa se materializa en la promoción que el modelo liberal hace del lazo de amor y filiación entre los miembros de

la familia patriarcal, pero que cercena de su objetivo fundamental: la garantía de un sustento económico y de bienestar para cada uno de sus miembros. Si bien antes el lazo de amor y filiación garantizaba la constitución de un ser para la familia y con la familia, el avance para la vida de cada integrante, ahora, el modelo liberal no ofrece ningún futuro para ninguno de ellos. La utilidad que antaño le correspondía por derecho propio a la familia, hoy es usurpada por el modelo liberal. Así que en la actualidad, el negocio del modelo liberal es redondo, su mayor ganancia la tiene, en la mano de obra gratuita que le ofrece una familia patriarcal que aún no ha despertado de su letargo.

Los dueños de las industrias la tienen fácil; mal que bien, encuentran mano de obra ya formada, al menos en lo físico y lo mental, para vincularla a sus proyectos productivos. Nadie denuncia la inversión que hacen aún los padres despistados para dar a las industrias personas ya formadas para que les produzcan. ¿Quién les restituye la inversión que hicieron en los dieciocho primeros años de vida de sus hijos hasta hacerlos sujetos productivos? Si antes los padres podían recuperar su inversión con el trabajo de sus hijos en sus propias tierras y sus proyectos productivos, ahora quien se beneficia de los hijos debería devolver la inversión a los padres.

De nuevo, si se le escucha con atención, el ser que habla, señala la sexualidad como culpable de muchos de sus males. Cada uno a su manera y desde sus juicios de valor y comprensión sobre su realidad, acude a la sexualidad para reclamarle por sus males. La sexualidad entonces, le responde preguntando, a su vez, si acaso la han tenido presente en tanto ocasionadora de un lazo social que tiende a fragmentarse en la actualidad. Hoy el ejercicio sexual se ha exacerbado, la mojigatería le ha dado paso a amplias manifestaciones que, - aunque soterradas algunas -, ocasionan un encuentro con el otro. Los días y, las noches con mayor razón, en especial, los fines de semana, son ocasión para el encuentro con la sexualidad desbordante. Diferentes manifestaciones y prácticas sexuales, que antes eran impensables y castigables, hoy están al alcance de quien las quiera y las pueda sufragar. Más que en otros tiempos, la sexualidad del ser hablante responde al postulado freudiano de lo perverso y polimorfo.

No se puede negar, la sexualidad hace lazo social; pero, en ese lazo social se puede definir una parte que renueva la manifestación de lo que puede ser catalogado como un malestar. La sexualidad se demanda y en tanto esto sucede va a surgir la oferta; sin decir que sea algo nuevo el ejercicio de la venta de sexo, sí muestra su configuración especial en la actualidad. Hay aumento en la oferta de los servicios sexuales, que pasa por la promoción que puede hacer,

desde el más adulto hasta el más niño, desde el más hombre hasta la más mujer, desde el más conservador al más liberal, sin que se pueda descartar ninguna excepción, en tanto se tenga un cuerpo que permita la satisfacción de la sexualidad del otro que demanda placer. El cuerpo sexuado ha logrado con mayor atención su lugar en el comercio que caracteriza la oferta y la demanda; el cuerpo tiene un precio en tanto valor sexual; como bienpreciado, corre la misma suerte de todo valor: ser codiciado, hurtado, devaluado, acumulado, explotado, destruido, etc.

Por otro lado, si se le escucha bien, se avizora el abuso y la ilegalidad de la sexualidad prematura. Los niños, que siguen siendo incapaces de responder por su sexualidad, son abusados en su condición, y los adultos pasan a ser los abusadores y corruptores de los menores. Junto a ello, el asalto a la sexualidad del otro, la intromisión en la sexualidad del otro, también se hace manifiesta; el acceso al cuerpo del otro sin consentimiento se hace realidad. Pero ya no es el hombre únicamente el victimario, ahora son los adultos sin importar el género, a pesar de las diferencias en las frecuencias del acto, quienes vulneran y atropellan el cuerpo de la víctima, que tampoco se diferencia por su condición de género. Uno más de los malestares que el ser hablante le atribuye a la sexualidad de hoy en la explosión demográfica. Más allá de lo que se le señala al adolescente, como irresponsable de su sexualidad y lo prematuro en su ejercicio, es el embarazo indeseado y el aborto clandestino lo que sigue siendo la constante que va más allá de la adolescencia. La proliferación de hijos abandonados, sin padres, y de centros encubiertos para el detenimiento de un embarazo, es cada vez escuchado. El nivel educativo no exime en el accidente de una gestación no deseada en el ejercicio de la sexualidad.

Si se le escucha detenidamente, el ser hablante, hoy, enuncia que a pesar de todo lo que se pueda decir de la escuela,⁶ esta sí está cumpliendo su función. Entre las sentencias "la escuela sí, no educa" y "la escuela no, sí educa", la última relata claramente lo que está sucediendo, según él, en la escuela actual. Si la función de la escuela es preparar para vivir utilizando las competencias que exige un medio social imperante, es claro que la escuela sí está cumpliendo su objetivo. Los malestares sentidos en la escuela, pasan por la paradoja en el cumplimiento de su misión. Aparente y explícitamente, la escuela no está cumpliendo su compromiso; pero, real e implícitamente, sí lo está haciendo. En una sociedad neoliberal de mercado, donde las relaciones humanas pasan por la materialidad y el pragmatismo de las mismas, es más que evidente que el

6 Sobre decir, la escuela hace referencia a todo el sistema educativo, desde la sala-cuna hasta la universidad.

mensaje es captado rápidamente por el estudiante. Aunque terminantemente se montan los currículos sobre valores y contenidos distintos, abogando por un lazo social diferente, implícitamente el mensaje va dirigido al objetivo de materializar y comerciar libremente la relación humana.

Se le escucha, que los contenidos formales de las asignaturas, son rechazados, en calidad de estudiante, por poco convincentes y relacionados con el modelo de vida que pide el presente. El "tener más que el ser", es el mensaje implícito que va en contravía del "ser, antes que el tener" que se lee en las entrelineas de las diferentes asignaturas que se puedan encontrar a lo largo de la formación escolar. Al ser hablante hoy se le da el mensaje de que debe tener sin importar el costo y tener más cada vez. Antes, con escasos años de educación primaria, el estudiante quedaba preparado para afrontar las exigencias de la vida adulta; hoy nada es suficiente para lograr el final de la preparación. Poco a poco se han institucionalizado nuevos programas de formación que implican pasar progresivamente más tiempo en la escuela. Hoy el estudiante entra más temprano a la escuela y ya es visible que nunca termina. Desde sala-cuna hasta el posdoctorado, copando toda su existencia en la continua formación, no es suficiente para lograr un descanso. La competencia, en términos de la titulación, hace que el estudiante ya no se pregunte por los contenidos que se le imparten si no por cuándo obtiene la certificación que le asegure un lugar en el mercado laboral. Lo esencial que demanda el estudiante de cada una de las asignaturas, son recetas cortas para triunfar en un mercado laboral, que evalúa competencias específicas para desempeñar una labor cualquiera. El reflexionar y los contenidos que no muestren su aplicación a corto plazo, son motivo de rechazo por el estudiante que se ha hecho práctico y deseoso de lograr recursos económicos para entrar en el concierto del comercio que todo lo compra y todo lo vende. Esas asignaturas de corte abstracto e inquisidor del estado actual de las cosas, son asignaturas denominadas "ladrillos inútiles", de necesidad única para obtener un certificado de un saber hacer ficticio, que no existe ni es necesario realmente. El postulado marxista, parodiando, se hace en el presente una realidad; el despotismo del obrero es rampante. Nadie quiere pensar el mundo, solamente se desea seguir cumpliendo con la rutina que exige un mundo para todos.

Escuchemos al ser hablante de hoy; un caso particular, con la convicción de que él puede dar cuenta de una situación que se repite. Una madre llama angustiada porque su hija de 19 años ha hecho un intento de suicidio. Pide del profesional en salud mental, que ayude a su hija a dejar una relación sentimental con un joven al que asume como la causa de los males de su hija. Al escuchar a la joven muchacha, se encuentra el siguiente cuadro. Ella es hija de una profesora

y un empleado bancario, (en este momento venido a menos en sus finanzas debido a las reestructuraciones propias del sistema de gobierno en un sistema neoliberal que decide privatizar los bancos estatales). Ella es la mayor de dos hijas. Todo marchó aparentemente bien hasta los inicios de su adolescencia; un marcado recuerdo de infancia es la Odisea de su padre para conseguirla, por cielo y tierra, la casa de la Barbie que hade concedérsela como regalo de una navidad. Desde los inicios de su adolescencia ha entrado en rebeldía con las normas de la familia, que se manejan bajo el concepto de que la madre ordena pero el padre castiga. Ninguna de las relaciones de noviazgo que la joven ha tenido, ha sido del aval de la madre, quien encuentra siempre un argumento para no aceptarlas. El padre le ha dicho que si sabe que la madre no le acepta sus noviazgos, que los tenga sin que ella se entere. La hermana le insinúa lo mismo; por experiencia sabe que se puede hacer lo que se quiere, siempre y cuando se sepa hacer, entre esas cosas manejar la negativa de la madre.

La relación con el joven, -señalado por la madre como el causante de los males de su hija-, es ambigua y propia de la juventud actual. Ella no tiene claridad si son o si fueron novios alguna vez; todo se permitían, rompían, volvían; esto hace imposible encontrar los límites y poner un nombre a esa relación. El muchacho, al igual que ella, ha sido un rebelde en la familia. Ella asume que solamente él ha logrado entenderla. Ella empezó su trato con los psicotrópicos hace unos cuantos años, utilizando la cocaína para contrarrestar los efectos del alcohol, cuando lo consume en demasía. Antes de conocer al joven ella ya consumía drogas, pero la madre está convencida que él es culpable de esto. Lo mismo sucede en el campo de las relaciones sexuales; ella ha tenido relaciones con otros hombres bajo un concepto amplio y libre antes de esta relación con él; empero, la madre supone que el joven indujo a su hija al consumo de psicoactivas, entre otras cosas, para poder abusar sexualmente de ella.

La fórmula de sus padres para darle solución al problema con el muchacho, es enviarla a estudiar a la Ciudad. Allí encuentra mayor libertad, más acceso a las drogas y al sexo, complementando ahora con el conocimiento y relación con diferentes tipos de subculturas urbanas y de las ideologías que la sustentan. Los bares son lugares de encuentro, allí encuentra un lugar para ella y gente con la cual puede compartir sus inquietudes. Al volver al pueblo de vacaciones, la relación con el joven se activa junto con los consabidos conflictos con su madre. Al regresar de sus vacaciones la joven hace su intento de suicidio cortándose las venas. Al interrogar sobre las causas de su deseo de morir ella responde con certeza que no hay nada que perder y en cambio sí mucho que ganar; asume la muerte como un descanso y el fin de todo sufrimiento; no tiene más arraigo a la vida que el joven y, en menor medida, la hermana. Estudia una carrera

universitaria, sin más motivación que terminarla porque los padres no aceptaron la que ella deseaba, argumentándole que la escogida por ella no era rentable. La carrera que cursa le brinda cierta seguridad de poder ubicarse en un puesto de trabajo futuro. Así, ya no tendrá que depender de sus padres, no tendrá hijos y no se casará; si acaso convivirá en pareja pero sin mayores compromisos. No tiene grandes deseos en nada, pasa su tiempo viendo televisión cuando no está con otro novio que tiene en la Ciudad, en una relación que no la motiva demasiado. No niega que si algo la motiva, es tomar licor en un bar.

Este caso particular, podemos con serenidad decir, es una imagen de la nueva generación de seres hablantes de la Ciudad. Gente emigrante o de gente emigrante, venida de provincia (son muy pocos los que pueden mostrar su arraigo y origen en la Ciudad); la Ciudad está llena de desplazados, que por uno u otro motivo salen del campo y las pequeñas ciudades para formar parte de la vida urbana. El objetivo está puesto en la materialidad y una seguridad económica en el modelo de intercambio de bienes y servicios imperante; en esa apuesta, el vínculo afectivo se debilita, las relaciones interpersonales se materializan, se hacen cosas que se venden y se compran. Los padres no saben realmente nada de sus hijos, de sus inquietudes, de sus deseos ni de sus andanzas; y no lo saben porque difícilmente han estado con ellos. Padres presentes pero ausentes debido a sus obligaciones profesionales, dando por hecho que la satisfacción de las necesidades materiales de sus hijos suplen otros tipos de necesidades; entre ellas las del vínculo afectivo.

La juventud, respondiendo a la necesidad afectiva vincular, que no encuentra en el hogar, busca refugio en sus pares. La antigua sentencia de Goethe sigue liderando la vivencia de la juventud: de su postulado, el niño solo aprende de quien ama, pasamos a aquel de que el joven sólo sigue a quien lo ama. En ausencia del afecto que le es negado en el hogar, el joven se refugia en los bares, donde encuentra a alguien con quien identificarse, alguien con quien hacer lazo social, así sea necesario utilizar como mediador las drogas y el sexo. Los adultos parten de la desautorización de la droga y del sexo, sin tener presente la obligatoriedad y perentoriedad vistas por los jóvenes. La cocaína contrarresta los efectos del licor y esto alarga la duración del lazo social; el sexo se vuelve un mediador del lazo social. Los valores con los que la generación de los padres asumió el sexo no son los mismos de los hijos; los padres asumían el sexo en pareja, de carácter exclusivo e, hipócritamente, soterrado; los jóvenes ahora asumen el sexo libre y promiscuo como una forma de seguir siendo reconocidos por el otro, y este reconocimiento pasa por lo efímero del mismo y la necesidad de seguir encontrándolo. Se quiera o no, la droga y el sexo ligan en lo social.

El conflicto del joven está en el peligro de responder a dos amos: el Otro de los padres y el Otro de sus pares; su deseo se fractura en la demanda de los padres y la demanda de los pares. Desde su posición de amo, el padre quiere que el hijo responda a su deseo pero lo abandona cuando éste le demanda amor; desde su posición de par, él lo ubica imaginariamente como su idéntico, se convierte en amo y a cambio del amor demandado le demanda ser objeto de su goce. El Escila de los padres y la Caribdis de los pares, son extremos a donde la pulsión de muerte espera impaciente pero triunfante. El joven hablante de hoy nace muerto y en su respuesta para combatir la muerte se dirige desesperado a la muerte.

Las subculturas actuales están cargadas de odios, amores, abandonos, soledades, destrucción y muerte, atractivos para los muertos vivientes. Paradójicamente, en ese lugar suplente para el amor que no se encontró en el hogar, se encuentra un lugar para la destrucción del otro y la autodestrucción. Paradójicamente, en ese lugar suplente para el amor que no se encontró en el hogar, se encuentra un lugar para la destrucción del otro y la autodestrucción. Barras bravas, Emos, Skinheads, Punks, Metaleros, Roots, Rastas, responden a la misma serie: materialización de las relaciones humanas – abandono – búsqueda del amor perdido – destrucción – autodestrucción – muerte. El Otro se hace pulsión de muerte pura, acentuada en el imaginario y escabullente de lo simbólico. El Otro del joven hablante actual, está hecho de imágenes efímeras, fragmentadas unas de otras, imposibles de hilarse en una larga cadena que posibilite un lazo social más amplio. Por eso su culto al cuerpo exhibido y a su cuerpo fragmentado: anorexia, bulimia, tatuajes, heridas, cicatrices, mutilaciones y añadidos; el cuerpo es un lugar para el reconocimiento. El Otro del joven hablante no tiene futuro, surge en presente y termina en el presente sin dejar un pasado; por eso es complicado para el joven mantener un modo de existenciariedad. Las modas son su sello de garantía que está dispuesto a pagar, sin mediadores de ningún tipo, con su vida y la vida del otro.

Si se le sigue escuchando con la misma atención, pronto se hace lúcido, anteriormente el mundo estaba definido para cada uno de los seres hablantes; el hombre sabía qué hacer, la mujer lo sabía, los niños igual, etc. La tradición decidía con anterioridad los roles y funciones que cada ser hablante tendría que asumir. Es cierto que si se acerca el oído que escucha con el juicio de valor, mucho se le podría criticar a ese mundo pasado que daba unas cosas y quitaba otras a los seres hablantes; no obstante, es de avalar que con la tradición, cada uno disminuía su angustia con un hacer, porque ya todo estaba decidido. Se ha dicho de ese mundo pasado, desde la crítica, que era machista, que no daba lugar al desarrollo de la mujer, que la mantenía presa y subyugada. Sin embargo, el poder que ostentaba la mujer era incalculable, podía, desde su posición ocasionar cualquier cambio que se le antojara. Desde el lugar de

objeto de amor, podía officiar como sujeto político, capaz de desviar todo un proyecto social. Por amor los hombres hacen muchas cosas, eso es lo que frecuentemente se olvida de ese mundo donde los conspicuos seres de poder eran los varones.

En la actualidad la mujer ha dejado ese lugar tradicional y ha emprendido toda una empresa de emancipación del yugo del hombre; no le ha ido mal en su empresa, ya tiene tantos derechos como ellos pero igual, aunque nunca se había percatado en ello, ahora tiene tantos deberes como ellos. Son independientes económicamente, son ilustradas y manejan su propia existencia. Hasta acá todo va bien, no habría nada que señalar ante la renuncia de la tradición por parte de la mujer. Lo sintomático viene a darse por la nostalgia que se hace sufriendo ante los roles y funciones abandonados. Tarde viene a descubrir la mujer que abandonó un lugar, tal vez prematuramente o tal vez no muy bien meditada la decisión. En el apogeo de sus triunfos, la mujer descubre que su realización está en tener un hijo, en tener una pareja y en tener un hogar. Así empieza su rompimiento, al enterarse que todo lo que tiene lo daría a cambio de obtener lo que abandonó: lo difícil es encontrar quien le pueda suplir la falta. Su gran queja de que los hombres no quieren formar hogar, que no quieren darle un hijo, que solamente quieren copular, pasar un rato, hacerlas objeto de su goce, tiene un sustento real porque el hombre la tiene ahora más fácil que nunca; lo tiene todo sin tanto esfuerzo. Ya no necesitan invertir demasiado para obtener lo que siempre han deseado y antes les costaba algo: ser hombres de hogar.

El desamarre de la tradición con su tardía nostalgia hace malestar en la mujer de hoy: completa e igual ante el hombre pero incompleta y en desigualdad con el hombre. Grandes males que se iban a exorcizar con la derrota asestada al machismo, solo han cambiado el semblante. Es ya claro que entre las mujeres se vienen presentando los mismos problemas que antes se suponían propios de un modo de existenciariedad machista: mujeres maltratando mujeres, mujeres maltratando a los niños, mujeres maltratando a los hombres, mujeres no dejando que otras se desarrollen plenamente. Todo aquello que antes se le criticó al macho hoy se le tiene que criticar al grupo de mujeres que ostenta el poder sobre aquel otro grupo que no lo tiene. ¿Qué va a pasar cuando el hombre entre en decadencia? La respuesta es, nada, absolutamente nada; todo seguirá igual, los males seguirán endémicos esta vez con otro perfil. Se patentó que nunca será cierto que con las mujeres en el poder, con un ratón se acabaría una guerra: las mujeres están mostrando que pueden llegar a ser tanto o una limpia emulación de los males que se le endosan al hombre.

Si se le sigue escuchando a ese ser hablante que hoy nos habla, una vieja pregunta aflora, ¿cuál ha sido el ideal de un ciudadano? Desde que los filósofos decidieron que en ellos recaía la buena administración de la Cuidad, pensaron que el ciudadano debería cumplir con tres requisitos básicos: ser activo, ser productivo y ser feliz. Si hemos de actualizar la reflexión sobre ese postulado en el desempeño del ser hablante actual, nos encontramos en que estos objetivos se topan con ciertos obstáculos que impiden el ideal. Uno de los obstáculos apunta a la inseguridad que diverge en dos líneas; una que señala la inseguridad del otro y una más que señala la seguridad de sí mismo. Ante el aumento de tiempo libre y la imposibilidad de sufragar las necesidades básicas, indiscutiblemente se advienen problemas relacionados con la inseguridad del ciudadano. La delincuencia no se da en mentalidades enfermas sino en personas impedidas de desarrollar sus potenciales dentro de unas posibilidades que le dé un modo de existenciariedad.

Otro obstáculo se relaciona con el empleo, que va más allá del desempleo, pues se puede apostar que este obstáculo habla también del subempleo, del empleo mal pago, del sobre-empleo -mientras algunos no tienen un solo puesto de trabajo otros pueden ostentar hasta tres y cuatro cuando no cinco empleos diferentes a un mismo tiempo- y el empleo en infracción y en contravía de la civilidad. La ausencia de una calidad del empleo señala la constante pérdida del valor de la mano de obra en tanto la oferta de empleo disminuye. El asumir un derecho sobre la reproducción perdiendo de vista el deber, que encararía el traer nuevos ciudadanos, asegurando su formación y bienestar, hace que la explosión demográfica, configure en eso que se puede señalar como el aumento de mano de obra y la falta de espacios para ejercerla.

Uno más de los obstáculos versa sobre la ausencia de una cultura que permita al ciudadano asumir una democracia participativa y en contraposición a esa democracia representativa que por varios siglos fue modelo de la política en este país. Más allá del decreto y de las leyes que señalen la participación del ciudadano en un espacio democrático participativo, se hace necesaria una actitud que permita hacer uso de los derechos que se otorgan. Nuestro ciudadano sigue en su posición de víctima, engañado en las frecuentes críticas a sus gobernantes e impedido para responsabilizarse de su propio destino e impulsar a otros a ubicarse en las mismas circunstancias. El continuo lamentar de ser objeto de otros, hace que el ciudadano, no se promueva activo y capaz de revertir los problemas que lo aquejan en el conglomerado propio de una urbe en expansión.

Otro obstáculo versa sobre los ortopédicos que se encuentran en el momento para ayudar al ciudadano a ser feliz: infinidad de instrumentos y técnicas que promulgan por la felicidad del ciudadano pasan por las drogas psicotrópicas, por las técnicas depuradas de la sexualidad escaldada y los artefactos que facilitan los oficios y el mantenimiento del hogar. El mal uso de las drogas lícitas e ilícitas son formas que apuntan a la dificultad de encontrar paliativos no dañinos en las exigencias de un contexto que cada vez se hace más competitivo. Los planes y propuestas siguen siendo la erradicación del consumo de las sustancias psicotrópicas, cuando la evidencia muestra que no existe modo de existenciariedad que haya podido separarse y ayudarse de ellas. Propuestas para el buen uso y no abuso de esos paliativos para la vida, escasean en las propuestas individuales, micro-sociales y macro-sociales dentro del contexto. El sexo, se convierte en otro nuevo ortopédico para seguir viviendo; una sexualidad puesta al servicio del placer es también motivo de malestar en el mundo que vivimos. Venta del cuerpo, embarazos indeseados, enfermedades venéreas, resentimientos afectivos entre las parejas que se rehúsan a abandonar formas de convivencia ancladas en otros principios y valores, son el resultado de la búsqueda de un incentivo para seguir viviendo.

La obtención de artefactos, supuestos facilitadores de la vida, son otro de los semblantes que toma el malestar de los ortopédicos para pasar la existencia siendo feliz. Ciudadanos ávidos de artefactos que la tecnología electrónica ofrece solamente para ostentar y casi nunca para satisfacer las necesidades que dicen cancelar: celulares para recibir escasamente una llamada, neveras que permanecerán vacías por ausencia de recursos para llenarlas con alimentos perecederos, televisores que difícilmente se encenderán al no haber tiempo para ver un programa de televisión, computadores de alta gama para escribir solamente una carta y así, sucesivamente, la muestra de infinidad de aparatos que se sub-utilizan cuando no pasan de moda rápidamente. En síntesis, el ortopédico electrónico, y otros más, se convierte en un gasto, más que en una inversión que realmente supla una necesidad. Las deudas que se ocasionan en la obtención de estos artefactos que no van ser usados en la completitud de su gran oferta, terminan siendo una forma como se manifiesta la debilidad en el manejo de los recursos económicos. Se patenta con esto, que muchos de los problemas económicos no están dados en tanto no existe forma de obtenerlos sino en la forma de administrarlos por parte del ciudadano. Toda una semana o meses de trabajo para adquirir un electrodoméstico, o un bien cualquiera, que no va a servir para lo que supuestamente ha sido diseñado, (quizas no porque no tenga esa funcionalidad sino porque no hay tiempo para hacerlo, o se necesitan de otros más artefactos e insumos para hacerlos funcionar).

Sexo, psicoactivos, saberes flor de un día, proyectos a corto plazo, metas desarticuladas, delatan lo que es la existencia para ese ser hablante que refieren es, en la actualidad, dominado por la razón. Rutinas, más que prácticas sexuales, en busca de un placer que nunca llega a plenitud es lo que lo caracteriza. En las rutinas sexuales, nada está prohibido, todo se permite en la búsqueda de ese placer sentido en el cuerpo-órgano más nunca satisfecho. Luego vienen los complementos, en busca de lo mismo, de ese placer que falta; por tanto, los psicoactivos toman un lugar de privilegio en la existencia de ese ser que se autodenomina racional. Igual, el desafuero es la constante, ninguno cumple con lo prometido; más y más sustancias de placer efímero emergen y, más bien, poco desaparecen. Al unísono, infinidad de saberes de los que nacen precarias prácticas copan la oferta, no hay consenso, todo vale, hoy se asume como verdadero y útil uno, mañana otro; el saber se convierte en camisa, que se cambia o sustituye por otra a medida van mostrando su incompetencia para dar por fin con el placer necesitado. Siempre a la espera, siempre en la búsqueda del placer nunca obtenido. La consecuencia, hoy se quiere ser casado, mañana soltero; hoy no quiere tener hijos, mañana sí; hoy se quiere ser ingeniero, mañana poeta; hoy ateo, mañana creyente; hoy sedentario, mañana vagabundo; hoy se quiere esto, mañana aquello. Nada dura, todo tiene fecha de caducidad.

Aquel ser hablante que se precia de racional en la actualidad, nace, se forma para un trabajo en el modelo neoliberal y muere. Nada más importa, ocupar un puesto de trabajo en el modelo neo-liberal imperante; no hay más, no hay otra opción. Atrás quedó el nacer, el crecer y el morir por la familia, por la comunidad, por la espiritualidad, por la contemplación, por la trascendencia, por la inmanencia, por el ocio, por la vida o por la muerte mismas. Ocupar un puesto de trabajo, obtener un empleo para comprar cosas, es la máxima aspiración; todo se compra, desde lo más vano hasta lo más sublime; se compra lo tangible y lo intangible. Se compran los bienes materiales y los inmateriales, se compra la casa, la familia, la comunidad, la espiritualidad... el ocio, la vida y la muerte.

La conciencia: una pregunta obligada

Si alguna vez la histeria fue el gran misterio y pregunta a resolver por Freud; y si otra vez, fue la locura, el misterio y la pregunta a resolver por Lacan; está vez, el misterio y la pregunta a responder por quien aquí escribe, es la conciencia. Lo sintomático, lo bizarro, lo grotesco y lo ilógico se pueden evidenciar sin reparo en aquel que posa de consciente; las contradicciones, la inutilidad, lo incomprensible y lo más incoherente e inconsistente, queda traslúcido en cada una de sus acciones y sus obras. Más, sin embargo, la pregunta de inicio es esta: ¿Podemos ser, finalmente, seres inconscientes? Esto es, como seres hablantes,

que respondamos en consecuencia con los mandatos de la genuina conciencia (conciencia en sí) y no a esa falsa que se opone (conciencia para sí). O lo que es lo mismo, ¿podemos hacer que la conciencia en sí (inconsciente) y la conciencia para sí (conciencia providencia), finalmente, logren acortar la brecha que hasta entonces las ha separado, creando justamente un ser hablante sin sentido claro en la existencia? Esa es la apuesta que en la modernidad promueve el psicoanálisis, pero, también, fue la propuesta que se empezó a gestar en el siglo V a.C., (platonismo, epicureísmo, estoicismo, neoplatonismo) y que muestra su máxima expresión y, a su vez, comienzo de declive en el siglo III d.C., con el afianzamiento del cristianismo y que se desvanece, (aparentemente), casi en su totalidad con la nueva ciencia que emerge de los postulados del Iluminismo y la Enciclopedia. Apariencia de desvanecimiento porque el cristianismo con sus inconsistencias y debilidades propias a su propuesta, sigue campeando en la modernidad de occidente; y la nueva ciencia, termina siendo permeada y la heredera del discurso cristiano. Se puede decir entonces, que, aunque la apuesta para unificar el inconsciente y la conciencia providencia ha estado ya presente, tanto el psicoanálisis ahora, como en el pasado la filosofía y la religión, han fracasado en llevarla a la práctica; y han fracasado, especialmente, por la renuencia del ser hablante a abandonar una conciencia para sí, a la que se asume capaz de doblegar, cuando no a desconocer, a la conciencia en sí. Y como culpable y base del fracaso, se acusaría a la prepotencia inherente a ese ser hablante, que lo hace incapaz de ocupar su genuino sitio; prepotencia que no puede llamarse narcisismo, pues no puede esto ser llamado amor a sí mismo, en la medida que puede apreciarse lo auto-destructor de dicha condición.

Podríamos afirmar que lo que el mito, la religión y el arte otrora otorgaban, la comodidad al disminuir la angustia, la filosofía y la ciencia quitan y exacerbaban. Con esa prepotencia de una razón por fin fundada en una conciencia infalible, la angustia y la zozobra aumentó, a cambio de disminuir, como fue y sigue siendo la promesa de su existencia. El paso dado, sin ambages, al renunciar a la razón otorgada, para asumir la razón propia, ha puesto a quien por excelencia es un ser de palabras, en calzas prietas e imposibilitado de sostenerse en su propio decir. No obstante, al cuestionamiento aflora rápidamente una posible respuesta. ¿Este ser hablante, que no tiene dios, que no sostiene su existencia en ningún dios, ni tampoco cree en dioses como causas últimas del acontecer en el mundo, a qué se aferra? Se aferra al lenguaje, a la palabra que dice y las consecuencias que ella trae. El ser coherente y consistente con lo que enuncia, es su principio; cumplir y hacer con sus actos los enunciados promulgados lo es todo; refrendar que lo que dice lo puede llevar a cabo; esto es, lo puede realizar, sin aceptar ninguna justificación a sus inoperancias ni tampoco ninguna contradicción entre su decir y su hacer. Aceptado el poder y gobierno que emana

de la palabra dicha, no se podrá ya endosar ningún poder, razón, conciencia ni voluntad al cuerpo que se porta. Ese cuerpo responde a las necesidades de su organicidad; pero el poder, la voluntad, la razón y la conciencia, producto de la palabra que se enraíza allí, serán los únicos responsables. No será posible hablar de dobles o más poderes, conciencias, voluntades o razones; no habrá unas pertenecientes al cuerpo y otras al alma; como tampoco éstas que yacen en el interior del cuerpo y aquellas otras que gobiernan desde afuera.

El problema de la conciencia, a nuestra forma de ver, sigue siendo crucial al día de hoy para todo aquel que se precie de ser psicólogo o esté firmemente interesado en dar cuenta de lo psíquico o lo mental. Incluso, podría arriesgarse una sentencia tal, que podría bien ser el problema fundamental que pueda dar estatuto a la misma psicología, en diferencia a todas las demás ciencias y objetos posibles de estudio. Empero, se hace necesario volver sobre lo dicho ya en torno a ella, para volver de nuevo a tomar con mayor rigor y fundamento lo que se pueda decir ahora; intentando superar los obstáculos que sean los que posiblemente no han dejado avanzar en torno al descubrimiento de este misterio. De la misma manera, al revisar lo hecho, se debería ser cauteloso de tomar una posición definitiva por lo uno o lo otro encontrado y más bien fuera favorable, mantener todo como hipótesis de trabajo, sin descartar siquiera nada de lo dicho, y aun así, dado a ponerlo siempre en el marco de la evidencia.

En tal sentido, premisas ya dichas como aquella, que la materia ha adquirido la propiedad de conocerse a sí misma y que sólo a eso debería llamarse conciencia, no deberían aceptarse ni descartarse de entrada, sino puestas en el plano de lo evidente, lo convincente y lo útil para quien se precie de estar al tanto del bienestar del ser humano.

También, revisar preguntas del tipo, “¿cómo, exactamente, los procesos neurobiológicos en el cerebro causan la consciencia?”,⁷ pues, aunque más que justa esta pregunta, puede estar sugiriendo como un hecho irrefutable que en la neurobiología (y en el cerebro con más exactitud), está la solución del problema de la consciencia; premisa nada confirmada en absoluto. Las aristas fundamentales del problema que plantea la consciencia, como el sentimiento de mismidad, la voluntad y la autodeterminación, entre otros, no han sido evidentes en su comprensión e intelección en el proyecto neurobiológico. La neurología y modelos análogos de explicación y comprensión de la consciencia, deberían tener muy presente que la correlación de hechos no debe ser confundida con la

7 Searle, J. (1999), Tomado de León, D.; Castro, J. Conciencia, una revisión. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la consciencia. Bibliomedias. Colombia. Pág. 44.

relación de hechos, ni suplantarla (cuidado que han tenido las ciencias duras y que les ha otorgado mayores ganancias en lo heurístico y lo aplicativo). La eventualidad de que se pueda hallar una correlación entre un hecho neurológico y un hecho psíquico, no autoriza a dar por sentado que la causa de lo psíquico sea lo neurológico; a lo máximo que se alcanzaría, sería a señalar la presencia contingente de los dos hechos, pero inválido sería asumir al uno como causa y al otro como efecto.

No es suficiente con afirmar que, “a pesar de la controversia actual sobre mecanismos que producen la experiencia consciente, la gran mayoría de los expertos coinciden en proponer que la consciencia es un fenómeno biológico que se encuentra estrechamente relacionado con el funcionamiento del cerebro, sin reducirle o ser lo mismo que esta actividad cerebral”.⁸ Acá se está dando por hecho que es más que suficiente, para dar por sentada una verdad, que uno o aquellos que se llamen o se les llame expertos en un tema, dictaminen el camino y las premisas a aceptar para llevar a buen término el encuentro de la solución que plantea la consciencia. Y esto puede ser bien cuestionable, porque en esencia, para llamarse experto o expertos, deberían demostrar que ya allanaron el camino; esto es, que ya dieron con la solución necesitada y no aceptar el calificativo de expertos solo por estar trabajando por algún tiempo prudencial en la solución del misterio pero sin haber dado por fin en el clavo. En cambio, preguntas como “¿está la consciencia localizada en alguna parte del cerebro o es un fenómeno global?”,⁹ serían mucho más válidas y acertadas para el contexto de resolución y apertura al gran misterio de la consciencia; pues implicaría una duda sobre el mismo discurso neuro-biologicista, que se ha dado por indiscutible e insuperable para el hallazgo final de lo necesitado en torno al entendimiento y comprensión total de la consciencia.

De la misma forma, deberían revisarse arbitrariedades como esta en que se homologa el Self con el Yo; pues un solo descuido en la traducción de una noción, puede ser el inicio de todo un proyecto de investigación que, de inicio, pueda ya mostrar desvíos insalvables hacia la consecución de un objetivo loablemente trazado. En consecuencia, premisas tales como, “un organismo es consciente si existe una sensación como ser aquel organismo, y un estado mental es consciente si hay algo como estar en aquel estado”,¹⁰ ameritarían

8 León, D.; Castro, J. Conciencia, una revisión. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la consciencia. Bibliomedias. Colombia. Pág. 49.

9 Freeman, W.J. (1995), Tomado de León, D.; Castro, J. Conciencia, una revisión. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la consciencia. Bibliomedias. Colombia. Pág. 50.

10 León, D.; Castro, J. Conciencia, una revisión. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la

un mayor cuidado en su aceptación. Nadie pone en duda, porque así todos los interrogados - que pueden responder a la pregunta-, lo han manifestado, que ese organismo denominado humano tenga la sensación de ser el mismo y pueda enunciar que porta esa sensación; lo que se pone en duda es que esa sensación de Self (ser el mismo) sea enunciada por ese Yo autónomo y auto-determinante del que imaginariamente hace gala el animal humano. La duda no está en el Self, la duda se pone en el Yo que rápidamente, en las explicaciones sobre la conciencia, se ha identificado como siendo uno con el Self mismo; pero que en la profundización de la fenomenología del uno y del otro, se evidencia que son dos entidades distintas. Sería más que apreciable todavía hoy, el decir que “algunos piensan en la conciencia como un misterio al que nadie ha podido dar cuenta”,¹¹ pues es más que evidente que toda disquisición sobre ella, muestra más sus falencias que sus aciertos; no siendo más que el llamado a una autoridad, de por sí dudosa, lo que mantenga la credibilidad en la una o en la otra. Asumir, por ejemplo, que lo físico y la fundamentación de cualquier explicación sobre la conciencia debe pasar por lo físico, tal vez ni aquellos físicos, fuertemente comprometidos en su desenmarañamiento, puedan estar de acuerdo con dicha afirmación. Lo físico es un constructo, no una construcción finalizada, y eso ellos bien lo saben.

Por otro lado, se hace indispensable no hacer preguntas sobre lo cual no se cuenta con mayor fundamentación. A manera de ejemplo, una pregunta de tipo, ¿los animales no humanos poseen conciencia?, solo tendría sentido si previamente se ha tenido claridad y una exactitud sobre lo que es la conciencia misma; si no hay la más mínima seguridad de lo que es la conciencia, preguntas como esta podrían ser respondidas, pero necesariamente todas sus respuestas habrán de suponerse erróneas, pues sería diáfano que todas ellas estén sostenidas en juicios de valor y en nada, en la esencia misma de lo que pueda ser la conciencia. No es suficiente con afirmar que por el hecho de compartir sistemas neurológicos similares entre animales humanos y no humanos, ya se tiene suficientes bases para responder a dicha pregunta, pues todo acercamiento a la conciencia en animales humanos no ha sido contundente en torno al quid mismo necesitado para su comprensión e intelección y menos para extenderlo a otro tipo de animales. Las similitudes encontradas en lo neurológico no son bastantes, pues se carecería de las explicaciones y comprensiones de base sobre lo que en sí es la conciencia.

conciencia. Bibliomedias. Colombia. Pág. 46.

11 León, D.; Castro, J. Conciencia, una revisión. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la conciencia. Bibliomedias. Colombia. Pág. 57.

Así las cosas, estaríamos de acuerdo en la imperiosa necesidad de trabajar en lo conceptual y lo práctico de la conciencia. Pero no creemos que el camino sea retomar como camino la neurociencia, como tampoco dar por hecho de entrada, que la conciencia sea un fenómeno biológico; menos una biología sostenida en los fundamentos darwinianos. Precisamente, porque lo biológico darwiniano, cuando se toma con rigurosidad, muestra igualmente sus fallas conceptuales (así lo han patentado el neodarwiniano). Lo mismo, poner las expectativas de solución al enigma en el cerebro, es dar por certero que los órganos trabajan independientemente y olvidarse de su función en un sistema (abierto necesariamente). En consecuencia, es cuestionable que para entrar con pie firme en el develamiento del misterio de la conciencia se dé por indiscutible la selección natural de las especies y el ubicar por antonomasia al hombre como el punto máximo de evolución. Tampoco es incuestionable que el procesamiento de la información sea lo fundamental o parte de lo fundamental en la solución del enigma que nos propone la conciencia.

El asunto de la conciencia no es tan importante por el poder que pueda otorgar al hombre para su adaptación, si no en tanto el hombre sea incapaz de negar su existencia en su propio ser, pero incapaz, también, de mostrar evidencias para su innegable aceptación. Ahora, la idea de atacar el misterio abriéndose a otras posibilidades explicativas y comprensivas puede ser la salida, no obstante, esto implica open mind en todo sentido; esto es, no puede existir ninguna restricción de antemano, a ninguna propuesta por más desatinada que le parezca a otra. Pues, es el problema y lo que aporte a la solución del problema, lo que podría poner algún control a la proliferación de explicaciones, comprensiones y tecnologías. A como entendemos a Thomas Kuhn,¹² este sería un buen problema para que la psicología empiece su endurecimiento y salga de su estado de ciencia blanda. Hay caminos, que una vez se abandonaron prematuramente. Como muchos años antes ya lo habían planteado investigadores interesados en la conciencia, tales como Freud y Piaget, entre otros, lo fundamental para encarar una disertación sería en torno a la conciencia empieza de nuevo a resurgir; es el caso de las emociones, que tan oscuras como la conciencia, para el entendimiento y comprensión del hombre, ahora se intentan retomar para iniciar una discusión sensata en torno a la conciencia. No obstante, el encarar con open mind el problema, obliga a que caminos viejos antes recorridos, ahora logren superar lastres tales como la aceptación indubitable del bastión en la materia, que asume que toda explicación e intelección sobre la conciencia debe irremediamente pasar por lo material y la forma como lo material es

12 Kuhn, Thomas. (1962/2006). La estructura de las revoluciones científicas. Fondo de Cultura Económica. Madrid.

conocido. Cualquier cosa que se pueda decir sobre la conciencia habrá de ser tomada con la seriedad merecida; no obstante, más allá de la terquedad en sostener lo dicho, una salida mucho más efectiva sería poner en práctica el criterio de falsación propuesto por Karl Popper.¹³ Lo mismo, poner la mira en los efectos de lo dicho, puede ser mucho más rentable que la simple acumulación de pruebas para el sostenimiento de lo dicho.

En consonancia, mientras no cambie esa forma de investigación analítica (inductiva) hacia una forma de investigación sintética (deductiva), las expectativas de triunfo sobre el misterio de la conciencia no van a ser halagüeñas. En tal sentido, el “llamado a la integración de conceptos y a una versión explicativa de tipo holístico parecen estar al orden del día en el estudio de la conciencia humana”,¹⁴ se nos antoja más que justo. Pero sugerimos que se debe abandonar esa credibilidad en las pruebas que se obtiene en base exclusiva a estudios analíticos, pues el pensamiento analítico es más una debilidad que una ventaja, en el abordaje de un problema. ¿Cómo no dar cuenta de la pobreza e ingenuidad de los resultados, al avalar el análisis sin el menor reparo de la totalidad necesitada? El pedido extremo es, no confundir la resolución de un problema con la resolución de problemas. Lo mismo, no confundir, la comprensión e intelección de un problema con el problema real.

Antecedentes de un saber perdido

El Buda,¹⁵ (Siglo VI a.C., apróx.), comienza con la renuncia a su anterior modo de existenciariedad, (hijo, esposa, posición social, poder y riqueza), luego de tener un encuentro cercano con el dolor, (vejez, enfermedad y muerte), y la felicidad (el buen vivir). De allí, se impone la misión de encontrar una solución al problema de la vida. Así se inicia en las enseñanzas de los grandes maestros de su tiempo, las cuales rechaza luego por insuficientes y decidirse, entonces, por la búsqueda en solitario y por sí solo, del conocimiento necesitado, haciendo uso primero de la autoflagelación, a la que encuentra improcedente después de practicarla por algún tiempo y, posteriormente, con la meditación, lograr su encuentro con los tres grandes motivos de sufrimiento (lo perturbable, lo impermanente y lo sufriente) y, finalmente, con la solución necesitada: El ca-

13 Popper, Karl. (1934/2008). La lógica de la investigación científica. Tecnos. Madrid.

14 Bielecki et al., citados por Orozco-Cabal, L; Barrat, E; Bucello, R. Implicaciones para el estudio de la neurobiología de la experiencia consciente. El acto impulsivo. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la conciencia. Bibliomedias. Colombia. Pág. 103.

15 Baron, Anton. (2011). Vida y enseñanza del Buda. Bosque de Theravada. Madrid. Disponible en www.bosquetheravada.org

mino medio, (esto es, evitar los extremos: tanto la máxima satisfacción como la extrema necesidad).¹⁶

El Buda asume cuatro referentes fundacionales ineludibles.¹⁷ Primero, la relación inmanente del ser hablante con el sufrimiento; independiente de quién sea y cuál posición ocupe en el lazo social, siempre estará la insatisfacción en él; nunca habrá la felicidad. Segundo, el sufrimiento es causado por la relación de apego/desapego a los deseos; estén ubicados éstos en lo corporal (placeres sensuales), en lo social (reconocimientos), en lo material (tenencias) o en lo deseante mismo (dejar de ser, dejar de sentir, dejar de hacer, etc.); aferrarse a ellos tanto como desprenderse de ellos causa sufrimiento. Tercero, la extinción del sufrimiento se da en el abandono de los deseos, hasta el punto de abandonar el deseo de deseo. Cuarto, la existencia de un método preciso para extinguir el sufrimiento consistente en ocho pasos: comprensión correcta, decisión correcta, hablar correcto, acción correcta, medio de vida correcto, esfuerzo correcto, atención consciente correcta y concentración correcta.

En sus enseñanzas,¹⁸ el Buda recomienda velar por el ser en todo momento; ser el maestro de sí mismo; estar siempre despierto y atento; conocer lo bueno y lo recto para el control de sí mismo, logrando así el camino hacia la paz; y, sólo después de haber logrado lo anterior, enseñar a los demás. Todo lo que se ha de enseñar es sólo lo que el maestro practica y nada más. Porque dominarse a sí mismo no es nada fácil, es que se considera sabio y maestro de otros a quien logra hacerlo. Las acciones, sean malas o buenas, son producidas por sí mismo, ninguna acción es motivada por el exterior, por tal, la responsabilidad sobre ellas no es de nadie más que de sí mismo. Es más fácil cometer acciones malas que acciones buenas. El que comete acciones malas causa a sí mismo más daño que aquel que le pueda causar su mayor enemigo; por eso la necesidad de suprimirlas pues estas llevan a la propia destrucción. Las acciones buenas deben ser la meta, por difíciles que sean, no son imposibles lograr. Por ningún motivo se debe renunciar al deber propio para cumplir con el deber ajeno.

16 Baron, Anton. (2011). *Vida y enseñanza del Buda*. Bosque de Theravada. Madrid. Disponible en www.bosquetheravada.org

17 Baron, Anton. (2011). *Vida y enseñanza del Buda*. Bosque de Theravada. Madrid. Disponible en www.bosquetheravada.org

18 Bhuda. (2004). (Trad. Claudio Dusetti). *El Dhammapada*. El sendero de la realización interior. Hastinapura. Buenos Aires. Pags. 72-75.

Sócrates, (470 a.C. – 339 a. C.),¹⁹ fue considerado el hombre más sabio, según el oráculo, porque a diferencia de todos los demás, considerados hombres sabios, él no creía saber lo que él no sabía; y, más exactamente, por encontrar que aquellos que pasan por sabios, no saben; y aquellos que no son considerados sabios, están en mejor disposición de serlo. En síntesis, Sócrates era considerado por el oráculo el hombre más sabio, porque supo que el único y verdadero sabio era Dios y que toda sabiduría humana es nada o no llega a ser gran cosa. De esta convicción, Sócrates decide cómo práctica existencial y sobre toda obligación, hacerle ver todos los hombres que ninguno es sabio; tal y como asumía, era lo que le ordenaba Dios. No decide esto por vanidad ni pretensión alguna, excepto el asumir que al actuar de esta manera, estaba actuando en concordancia y realmente con la verdad.

Sócrates,²⁰ tenía por sentido que el actuar acorde con la verdad le ocasionaba enemigos, ser odiado y hasta la pérdida de su propia vida; pero se apropiaba el riesgo con rigor porque se considera un hombre de valor, sólo preocupado por velar por que su actuar estuviera enmarcado en hacer el bien y evitar el mal; en otras palabras, ser justo con su forma de actuar porque así el Dios se lo ha ordenado. Por ello, en su accionar, procuraba hacer buena su alma y la de los otros, especialmente, la de sus conciudadanos, mediante el acto del filosofar; esto es, cuidándolas acorde con lo verdadero; poniéndola por encima del cuidado del cuerpo y la acumulación de riquezas, créditos y honores; pues tiene por seguro que estos últimos, ubicándolos en lo público y lo privado, vienen de la virtud del alma y nunca que la virtud venga de estos bienes corporales y materiales. Él abandona cualquier deseo de riqueza y bienestar personal, para ponerse en procura de que todo hombre practique la virtud; prefiriendo en este trabajo, el uno a uno y no las disertaciones a grandes masas ni haciendo uso de nombramientos en cargos públicos.

Con su proceder, Sócrates se ponía como ejemplo de la buena existencia, al no ceder ante nada ni nadie y hacer uso de los lugares precisos, cuando de defender la justicia se trata, evitando siempre dar cualquier tipo de enseñanza o adiestramiento al otro, dedicándose solamente a hablar, a preguntar y, a responder, cuando le era posible; tampoco pedía salario u honorario alguno por este oficio. Asumía con responsabilidad sus acciones, sin arrepentirse de lo hecho ni suplicar luego perdones ante nadie por los efectos nocivos que

19 Platón. La apología de Sócrates. En Obras Completas. Edición Patricio Azcárate. (1871). Tomo I. Madrid.

20 Platón. La apología de Sócrates. En Obras Completas. Edición Patricio Azcárate. (1871). Tomo I. Madrid.

pudiesen luego ocasionar a su integridad personal. Estaba convencido que con su proceder, no hacía mal a nadie y lograba la real y no la fantaseada felicidad para él y para aquellos que lo emularán en su forma de actuar: cuidar del alma.

Epicuro,²¹ (341 a.C. – 270 a.C.), sostenía que toda edad es propicia para alcanzar la salud del alma. Ni la juventud ni la vejez serían obstáculos para empezar la cura, y el fin mismo será la búsqueda de la felicidad. Epicuro daba pautas para lograr dicha felicidad, entre ellas las siguientes: no poner la causa de los males ni los bienes personales en los dioses; ellos no tendrían ninguna injerencia en el destino del hombre. No esperar con certeza el devenir de un futuro predeterminado. No temer a la muerte; pues en tanto la muerte es nada y no permite la sensación del bien y el mal, se hará más fácil y aceptable el paso de la vida a la muerte y allí, la nada no sería ni temible ni ansiada. Ante esto, la vida placentera, el más intenso placer, sería lo deseado; y lo temido, la vida displacentera; más exactamente, el dolor y la turbación que se puede sentir en vida; dolor que lo siente el cuerpo y turbación sentida en el alma. El placer es el principio y el fin de la vida feliz; entre los placeres, se deben elegir aquellos que otorguen mayor placer y eviten el mayor dolor; toda decisión sobre lo placentero debe pasar por el examen del juicio. Aspirar al dominio de sí mismo como un bien preciado, aspirando sólo a lo necesario y alcanzable, evitando lo imposible, el capricho, lo extravagante y lo ostentoso. Aleccionaba a que se debe acostumbrar a comidas frugales, sin rehusar las oportunidades de una comida exquisita. Meditar continuamente estos consejos dados, en solitario y en compañía de alguien semejante, para así asegurar una vida feliz.

En otro de sus textos,²² Epicuro nos dice que el conocer la naturaleza de las cosas, asegura un mayor control sobre el placer necesitado y deseado para vivir una vida feliz; por tanto, para este menester, se debe confiar más en la razón que en la suerte; lo mismo, la razón debe nutrirse de las sensaciones para su sano y viable proceder. La amistad, también es otra fuente inagotable de placer para una vida feliz. Se debe actuar de forma justa; esto es, que no se cause ni se reciba dolor; tampoco, faltar a lo acordado. En un texto más,²³ sin mayor claridad si pertenece a Epicuro pero sí a alguno de sus seguidores, se prescribía despreciar el dolor, pues si es intenso pasa pronto y si es duradero, su sentir es débil; que a veces se debe soportar un dolor para evitar la aparición de otros. No habría que dejarse engañar por los deseos con respecto

21 Epicuro. (1994). Carta a Meneceo. En Obras. (Trad. Montserrat Jufresa). Barcelona. Altaya.

22 Epicuro. (1994). Máximas. En Obras. (Trad. Montserrat Jufresa). Barcelona. Altaya.

23 Epicuro. (1994). Exhortaciones (Gnomonología Vaticana). En Obras. (Trad. Montserrat Jufresa). Barcelona. Altaya.

al verdadero bien; se podría persuadir la naturaleza satisfaciendo los deseos necesarios y los naturales que no causan daño; pero se deberían despreciar los claramente perjudiciales; la envidia no aporta ningún placer; el placer no está en comer de manera insaciable; empero, en la frugalidad también se debe tener mesura.. Enseña que dejando de ver, hablar y frecuentar, se desvanece una pasión amorosa. Que se debe preferir una pobreza acorde con lo natural, a una riqueza ilimitada. Filosofar, en sí mismo, sería un placer. Que se debe anteponer la verdad a cualquier tipo de aceptación o lisonja popular. Y no olvidar que lo que se tiene, alguna vez fue un deseo; por tanto, no se puede despreciar. El amigo no pone la utilidad por encima de todo ni tampoco la suprime; siempre será mejor dar que recibir; se debe poner al amigo, por encima de la propia vida; las lamentaciones no ayudan a los amigos, pero sí la verdadera preocupación por ellos. Sugiere que el conocimiento de la naturaleza no hace hombres dogmáticos, presuntuosos ni envidiados por la cultura media; en cambio, produce hombres fieros, autónomos y orgullosos de sus propios logros, despreocupados por la fortuna. El hombre se debe esforzar por hacer mejor las cosas que la vez anterior. Se debe filosofar y no pseudo-filosofar. El pasado hay que asumirlo con alegría y con conciencia de que ya no se puede cambiar. Es necesario liberarse de las ocupaciones habituales y la política. Es de justos obedecer a los padres. Si se teme que algo sea sabido, no se debe hacer. El bien más grande que otorga el dominio de sí es la libertad.

Más adelante, Séneca instruye,²⁴ (4 a.C. – 65 d.C.), que el ocio o cuidado de sí mismo versaría sobre lo siguiente: en esencia, consagrarse a la sabiduría, buscarla; esto es, una dedicación a la filosofía. Y por antonomasia, el ocioso sería el único que realmente vive y el único que encuentra el real valor del tiempo de su existencia y el valor de la existencia misma. El ocioso deberá empaparse de los conocimientos que otros ociosos ya han dejado para llevar mejor su existencia; ellos enseñarían el no perder el tiempo ni temer tampoco a la muerte; a no arriesgar la vida ni los bienes económicos; enseñarían a deliberar sobre las cosas grandes y pequeñas, acerca de sí mismo y de la verdad; corregirán sin maltratar y enaltecerán sin adular; en fin, brindarán las virtudes a seguir y modelos a imitar. Esta, la ociosidad, será la única que pueda alargar el corto tiempo de la existencia y en suma, aquello que ni el cuerpo ni los bienes materiales pueden dar, brindar la inmortalidad y una posición insustituible.

Pablo de Tarso (5 d. C. 64 d. C.),²⁵ digno cristiano, nos daba a entender que él sólo cumplía órdenes del único y absoluto rey, (Jesús), quien fue ungido y

24 Séneca. (2013). De la brevedad de la vida. Cap. XIV, XV. Madrid. Antígona.

25 Carrillo, Salvador. (2008). Pablo, Apóstol de Cristo. Su vida y sus epístolas. Verbo Divino. España.

nombrado como tal por el, igualmente, único Dios. Tradición que viene ya en ejercicio desde unos siglos antes, dejando en claro que el insuperable rey es quien se autogobierna; y que aquel que se autogobierna puede gobernar el mundo natural; pero, no lo hace por deseo propio sino por el poder que le otorga un ente sobrenatural, (caso ejemplar Diógenes el Cínico,²⁶ quien se cree, asume en rigor los mandatos socráticos). Y no solo eso, sino que el autogobierno pasaría por el desprecio de los bienes materiales, propios a la satisfacción del cuerpo, y en cambio sí, la valoración absoluta de la virtud; esto es, el cuidado del alma. El dominio del cuerpo y la exaltación de lo espiritual siguen siendo cruciales y fundamentales para el cristiano.

A este punto es preciso señalar esa tendencia del ser hablante de querer hacer de las abstracciones objetos sensibles, y las dificultades que esto acarrea después. Es el caso de una abstracción tal como “espíritu”, que termina siendo forzada a ser patentada por los sentidos y de allí, la tergiversación de lo que en un primer momento se tuvo claro no iba a ser posible hacerlo pasar por ahí. El “espíritu”, algo que empezó siendo tan sublime e imposibilitado de ser sensible, terminó siendo antropomorfizado y tratado como un objeto-órgano capaz de manifestarse a los hombres en imagen y afectaciones específicas de orden sensorial poco convincentes, a menos que se cuente con una fe ciega y obediente que las pueda soportar.

Epicteto,²⁷ (50 d.C. – 135 d.C.), nos daba también pautas para llevar una vida en armonía con la naturaleza. Exhorta, de entrada, a dejar diferenciado y en claro, aquellas cosas y acciones sobre las cuales se tiene control y aquellas otras sobre las cuales, definitivamente, no se tiene control ni dominio alguno. Se tendría control sobre las opiniones, los deseos, las inclinaciones y las aversiones; no se tiene sobre el cuerpo, la riqueza, el prestigio, los altos cargos y otras cosas manifiestamente ajenas; el confundir dichos límites traerá aflicción y desconsuelo. En contraste, quien los tenga definidos será libre, sin sufrimientos ni enemigos, no encontrará obstáculos, ni hará reproches ni acusaciones a nadie. En concordancia, la ocupación se hace sobre aquellas cosas de las cuales se tiene control y se debe desatender cualquier preocupación por las demás. Por más que sean queridas, deseadas o útiles, no se debe tener por eterna, indestructible e indispensable ninguna cosa; esto incluye a cualquier persona o familiar. Hay que aceptar las frustraciones ocasionadas por las cosas y acciones que no están al alcance y control, sin inmutarse emocionalmente.

26 Diógenes Laercio. (n.d.). Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Biblioteca Virtual Universal. (n.s.).

27 Epicteto. (2011). Manual o Enquiridión. (Edit. Hernán Soto). Santiago de Chile. LOM.

Consentir que lo que molesta y atormenta son los juicios y no los hechos; lo mismo, reconocer que los hechos no se pueden cambiar pero sí los juicios que hacemos sobre ellos. Aceptar los acontecimientos de los que no se tiene control tal como suceden y no como se quisiera que sucediesen. Asumir que nada de lo que se posee es propio, que todo ha sido prestado para su disfrute y cuidado pero que en cualquier momento habrá que devolverlo. Esperar siempre lo menos deseado de los otros, (sean personas, hechos o cosas). Desconfiar de la medida externa que hagan de su saber, sea esta positiva o negativa; sólo uno mismo y para sí mismo, podrá darse esa medida. Se debe desear sólo lo que sea alcanzable; las cosas deseadas llegan a su debido tiempo, no hay que apresurarse por conseguirlas; incluso, sería más sano rehusarlas que aceptarlas, cuando éstas llegan. Habría que apiadarse del sufrimiento de otro, pero no compartirlo ni dejarse afectar por este. En tanto que no se es dueño del destino, lo más indicado es obedecer de la mejor manera y con destreza al que nos ha sido fijado. No emprender luchas en las cuales la victoria no dependa de uno mismo; actuar consecuentemente con lo que se es capaz de hacer por naturaleza. Ser firme en las decisiones y no esperar la benevolencia ni el aplauso de otros por ello; sólo la constancia reconocerá los propios triunfos. Despreciar los honores y reconocimientos públicos; preferir ser sencillo, leal y generoso, y nunca adulator ni fustigador. Definir claramente las relaciones que se entablan con las personas y responder debidamente a ellas. Comportarse en privado de la misma manera que lo haría en público. Preferir el guardar silencio y el hablar poco; reír poco y sin estruendo; restringir al máximo los juramentos; no mentir. Creer en la existencia de dioses y su gobierno justo y sabio; obedecerles sin reparo. Ser austero con el cuerpo; darle únicamente lo necesario y no dejarlo desbocar en sus apetencias; el cuerpo es para servirse de él, no para lucirlo. No dejar que las habladurías le afecten, ni hablar bien ni mal de nadie. No reprender, alabar, ni acusar a nadie; no quejarse de nadie; no jactarse de sí mismo de lo que se es ni de lo que se sabe. Velar por el bienestar del espíritu y la razón. La mejor muestra del saber es el proceder, no su enunciación.

Empieza la confusión

Después, en el Siglo XVIII, los maestros y las escuelas, que de por sí fueron aumentando, se dedicaron a enseñar cosas que ellos mismos casi nunca ponían en práctica. Las enseñanzas de Epicuro y Epicteto y, en general, toda propuesta de enseñar con la acción y el comportamiento ejemplarizante del maestro fue sustituida por aquella que incitaba a tener el dominio sobre los demás objetos, exceptuando el propio cuerpo; esto es, se olvidó aquello que era conspicuo en la enseñanza anterior. Olvidando que cuando Epicuro y Epicteto promueven el conocimiento de los objetos en su estado natural, no es simple y llanamente

para conocerlos; algo más importante y esencial subyacía a ese pedido y era, precisamente, el conocimiento de la naturaleza del ser que conoce, necesidad indispensable para el control de su propia existencia. El conocimiento de lo otro en su naturaleza, se justificaba sólo por el aporte que le haría al conocedor para su proceder y comportamiento; esto es, para llevar de forma apropiada y digna su propia vida. El “conócete a ti mismo”, es lo que se ponía en juego, cuando ellos incitaban al conocimiento de la naturaleza de las cosas diferentes al mismo conocedor. El conocimiento de lo exterior sólo era valioso por el aporte dado para hacer al conocedor más virtuoso; y la virtud, por supuesto, no se proclamada sino que se ejercía directamente en el cuerpo y el alma.

En ese saber perdido u olvidado, la preocupación en esencia siempre fue el cuidado de sí mismo; el cuidado del otro no se concebía. De allí que el conocimiento estuviera centrado en obtener las destrezas y habilidades para poder cuidar de sí mismo; y por lo tanto, el conocimiento del otro o, lo que es igual, todo aquello que no fuera el sí mismo, tenía como único fin el poder afianzar, por analogía, dichas destrezas y habilidades. Así, en tanto se concibió que para lograr dicho objetivo se debería tener pleno conocimiento de la naturaleza y actuar en naturaleza del sí mismo, se puso entonces la mirada en el exterior, para poder arrancar los secretos a los acontecimientos y objetos extraños a él y con ellos asegurar la efectividad en aquel preciso cometido.

En contraste, en el tipo de enseñanza o formación heterónoma, se percibe una falacia a la inteligencia, aquella que consiste en asumirse a sí mismo como el más inteligente entre todos los demás seres hablantes y que por ello mismo, solamente el conocimiento obtenido por él mismo y por sus medios propuestos, sea el conocimiento verdadero y necesitado; todo lo demás sería conocimiento falso y por venir de todos los demás seres hablantes que serían, a su vez, seres faltos de inteligencia. No obstante, es de señalar que el mismo Buda, comete igual falla que todos aquellos sabios que han encontrado el saber y hacer, por sí solos.²⁸ Luego de quedar decepcionado con las enseñanzas de los maestros que sólo aspiran a que el alumno aprenda y repita los conocimientos adquiridos previamente por ellos, en solitario y sin ayuda de nadie, toma la decisión de buscar él mismo, su propio conocimiento y práctica. Empero, tan pronto lo logra, hace lo mismo que antes lo había decepcionado: hacer de su conocimiento y su práctica, una escuela de su estricto acatamiento.

28 Baron, Anton. (2011). *Vida y enseñanza del Buda. Bosque de Theravada*. Madrid. Disponible en www.bosquetheravada.org

Si repensamos la misma confusión desde otra arista, salta a la vista que si alguna vez los cristianos confundieron el alma con el cuerpo, otra vez, los llamados científicos confundieron el cuerpo con el alma. Los cristianos, en tanto preocupados por el alma, pusieron la mira en el cuerpo; los científicos, preocupados ahora por el cuerpo, creen sin reparo que curando el cuerpo se resuelve la pregunta por el alma. No se hace el reparo de mantener la diferencia, no confundir en ningún momento estos dos componentes de ese que, por antonomasia, podemos llamar el ser hablante; nunca será lo mismo el alma y el cuerpo, su confusión, quizás sea lo que ha ocasionado que los efectos tanto en el uno como en el otro, no hayan sido tan contundentes como se ha esperado. Las curas del cuerpo no son las mismas que convienen al alma.

Igualmente, en ese saber que nos dejan los estoicos, (v.g., Marco Aurelio), la razón, la voluntad, la conciencia, el alma, etc., no es algo propio del cuerpo del ser hablante, sino algo que se apropia de ese cuerpo hablante y hace su manifestación allí. No obstante, esto se presta a ciertas confusiones porque en ocasiones pareciese como si otra razón, otra voluntad, otra conciencia u otra alma residieran antes allí y a las cuales tendrían que usurpar ahora las auténticas. Más aún, hay momentos en que podría afirmarse que para los estoicos, ese mismo cuerpo tiene un alma, una razón, una voluntad y una conciencia propias, las cuales deben ser combatidas y derrotadas por aquellas que viene de otra parte, no más que definidas por venir de afuera, venidas de un lugar no muy claramente definido.

Por otro lado, la creación dioses y, a su vez, la destitución de estos, no resolvió nada. Justificados han sido los dioses en la medida que quitan toda responsabilidad al ser hablante; sea el acontecimiento que suceda o le suceda, el ser hablante está exento de culpabilidad gracias a la creación de ese dios o esos dioses que son los que van a cargar con la responsabilidad de lo acaecido. La creación de dioses ocasiona el poner al ser hablante a expensas del destino, de un otro nunca ubicado ni percibido, tampoco comprendido ni entendido totalmente, pero sí existente perenne y, definitivamente, el único que puede responder por todo aquello que este haga. Al no haber responsabilidad por parte del ser hablante, todo está permitido y todo es justificado en su causalidad. Por eso mismo, habrá que insistir en que la creación de dioses o su destitución, nada aporta a la solución de sus problemáticas.

El ser hablante que asume por un lado, ser pensante y dueño de su destino y, por el otro, ser productos de los designios de dios y la naturaleza, entra a la existencia en falta, jamás en capacidad de resolver sus propios problemas y sufrimientos; luego, tampoco capaz de encontrar soluciones a sus padecimien-

tos. Mientras asuma dos causalidades distintas y tan dispares para justificar y dar solución a su proceder, ninguno, ni el más mínimo traspiés podrá ser enmendado. Si esa contingencia llamada humano, refiere tener conciencia, razón o voluntad, su obligación es refrendar dicho decir; ninguna justificación de su inoperancia es una evidencia de aquello que dice; en cambio sí las operaciones que haga sobre su cuerpo y su entorno serán evidencia suficiente. Por ello cualquiera desviación a causas primeras en la cual, se pueda escudar la inoperancia de su concebida conciencia, razón o voluntad, sobra por perjudicial para el sostenimiento de su proposición primera; esto es, pone en entre dicho que realmente porte aquello que dice poseer.

No hay dioses, solo una conciencia eterna que posee el cuerpo de los seres hablantes. Esa conciencia es la que determina lo que hay que hacer; pero como conciencia que es, no cede ante ninguna dadiva ni rogativa; en cambio de rogar a dioses inexistentes, el ser hablante debería buscar y acoger los dictámenes de dicha conciencia; esto es, responder consecuentemente a lo que dicta la conciencia, una vez ubicada y escuchado su llamado.

La razón, la voluntad o la conciencia, la mayoría de las veces, tomadas cómo sinónimos, no pueden ser cualquier cosa. El ser hablante dice ser razonable, tener la voluntad o ser consciente de algo, pero no toda acción de él emanada o, tal vez, ninguna lo refrenda. No obstante, ninguno de ellos se niega a declararse portador de ella(s). Entonces, ¿cuál podría ser la salida a esta paradoja? La propuesta sería hacer evidente que aquellas facultades se tienen y no solamente vociferarlas ni que tampoco sea la autopercepción, la ineludible prueba de su portabilidad.

Si bien el ser hablante es un producto más de la naturaleza, por ningún motivo podrá equiparse con cualquier otro producto de ella; pues por razón de ser productos contingentes, la seguridad de que dos sean idénticos es casi que nula en su totalidad, por más que algunas partes constituyentes así lo pueda ser. Hasta ahora, la contingencia de que el producto se precie de ser pensante y dueño de su destino, no se ha visto en ningún otro producto de la naturaleza. Luego, si el ser hablante simplemente fuera una contingencia de la infinidad que la naturaleza pueda dar, caracterizada por la supuesta capacidad de pensar y actuar sobre su destino, ningún dios ni causa primera podrá ser expuesta como motor único y causante de su proceder. Aceptar el sino de dicha casualidad será obligación de aquel ser hablante que se precie de ser pensante; y aceptar dicha casualidad lo obliga a él y solo él, a responder por cada uno de sus actos. El mero hecho de que dicha contingencia conlleve la calidad de pensar y actuar por sí misma, exonera a la naturaleza misma de

cualquier responsabilidad; igualmente, pone en evidencia, que los dioses son sólo artilugios producidos por la calidad de pensar y actuar para evitar el trabajo sobre aquello que por antonomasia dice soportar. Cualquier otro ser vivo, o cualquiera que este sea, está exonerado pero no exonera a la naturaleza de la responsabilidad; pues, únicamente puede hacerlo el ser hablante, por ser, en este caso, esa contingencia magnífica que dice pensar y asume tener control sobre su proceder.

Al otro extremo, si los auto-denominados investigadores y los amantes de la verdad, confesaran que sus grandes aportes y sus descubrimientos se dan más en las relaciones que establecen entre ellos en los pasillos, las cafeterías, los bares y las camas y que más bien nada, en las aulas de clase, los laboratorios y en los refinados experimentos, tal vez, el avance hacia una depuración de tanta palabrería que llaman ciencia podría tener un mejor futuro. De igual manera, si confesáramos que es más el narcisismo y el amor propio lo que nos mueve hacia la gloria intelectual y para nada el deseo de un bien social o, mínimamente, el bien hacia otro que no sea el sí mismo, las relaciones entre esos sujetos hablantes serían más auténticas; por tanto, más productivas para el bienestar de cada uno.

Qué nos hemos perdido en las seguridades que nos brinda un mundo tangible mediante los sentidos y olvidamos que somos seres de lenguaje, es una proposición que invita de nuevo a la reflexión. Desechamos ese logo tan perfecto de "habladores" que por antonomasia nos corresponde, para asumir ilusamente que existen seres iluminados que no hablan sino que logran captar la realidad y describirla mediante la creación de un lenguaje depurado, capaz de transmitir las verdades reveladas. En esa ilusión han pasado, denigrando de su condición de seres hablantes, que hace aparecer un mundo mediante actos de lenguaje; pero, que en nada asegura el absoluto acceso a una realidad por siempre revelada. Perdido en la búsqueda de verdades finales, el ser hablante perdió el camino que le brinda esa condición, para hacer mundos mucho más acordes con una convivencia y aceptación de la multiplicidad de realidades que permitan una existencia dispar pero respetable. Sin aceptar que su consabida perfección de comprensión e intelección de la realidad es un "palabrerío" más, aquel que lo produce y aquellos que se acogen a él, se asumen los únicos portadores de la verdad y así, combatientes inmisericordes contra todos aquellos que den lugar y compartan otros palabreríos. Precisamente, así es como en la historia se puede ver que el palabrero pagano es combatido por el palabrero religioso y este, a su vez, combatido por el palabrero filosófico y, este último, combatido por el palabrero científico; esto, sin mencionar, que a su interior,

se puede comprender lo mismo: un palabrero religioso, combate otro y así, en cualquiera de los campos mencionados.

Digámoslo claramente, la parrhesía, ese hablar franco, esa práctica del decir veraz sobre uno mismo, rastreada por Michel Foucault, es, precisamente, ese saber perdido; aquel que ha sido opacado en la actualidad por otro u otros tipos de decir veraz y que tal vez, con todas las dificultades, -mostrando su total fracaso en algunos intentos más que en otros-, es el que se vislumbra en los fundamentos de la apuesta psicoanalítica, desde sus comienzos con Freud, hasta nuestros días con otros autores, con todos sus cismas y componendas. Otros modos de decir la verdad se han empoderado y mantienen su empoderamiento; la ciencia, la religión, incluso, la filosofía, por ejemplo, han tenido mejor suerte. Los discursos de verdad sobre el futuro, sobre las cosas y la forma de llevar acabo efectivamente una operación sobre las cosas, se impusieron sobre el discurso de verdad del ser mismo que dice dichas verdades, sobre la verdad del sí mismo.

El problema más serio que se puede encontrar, de principio a fin, en el psicoanálisis, es su confusión en torno al saber que ha de impartir. Si bien hace todo su mejor esfuerzo para promover el saber sobre el sí mismo, se pierde entre la profecía, la doctrina y las técnicas para el control del comportamiento. El psicoanálisis titubea ante aquello que intenta resarcir; y, tal vez, temeroso de no obtener un lugar de reconocimiento en el concierto actual de los discursos que promocionan la verdad, recula ante sus pretensiones y termina por sacrificar lo que tiene de valioso. Así, de esa manera, el psicoanalista termina siendo la figura relevante en un acto que por antonomasia le correspondería al analizante; el analista acaba siendo una especie de profeta, sabio y tecnólogo del proceder humano mientras el analizante ruega para que le permita acceder a su propio saber, emerger en su sí mismo. Un psicoanalista jugándose su lugar en franca competencia con el sacerdote, el chamán y el artesano y, un psicoanálisis que no encuentra completamente su lugar en la ciencia, la religión ni el mito.

El saber perdido, hoy

¿Estará un psicoanalista, un psicólogo o algo que se le parezca, en condiciones de aceptar las enseñanzas que veinticinco siglos antes Sócrates dejó?: ¿ser el lugar, por excelencia para el cuidado de sí y la emergencia del alma, alejándose por siempre de cualquier práctica profética, doctrinaria o técnica del control del comportamiento humano? ¿Ser el lugar donde alguien, que se haga llamar escucha u otro (sin más nombre) no tenga más mérito y competencia que ofrecer su propio testimonio de vida; lugar donde el modo de vida, (ya

del uno, ya del otro) sea lo que defina, garantice, refrende y valide su razón de ser? ¿lugar donde el modo de vida, (ya del uno, ya del otro) sea lo que defina, garantice, refrende y valide su razón de ser? ¿Un lugar donde el lenguaje sea el único amo, señor y árbitro que juzgue que tan coherentes y consistentes somos con un modo de vida que asumimos y debemos asumir propio? ¿Un lugar donde sea el lenguaje quien defina las mutaciones en el modo de existir y nadie ni nada más? Estas preguntas, entre otras, son aquellas a las que se intentó dar respuesta a partir de esta investigación.

Lo que leemos en un texto, escrito por Inmanuel Kant en 1784,²⁹ se acerca bastante a lo que hoy proponemos, asumiendo estar en las enseñanzas que encontramos en el seno mismo del psicoanálisis. La Ilustración, aquella por la cual responde el autor del texto en aquel año, sigue siendo, después de casi dos siglos y medio, la labor recomendada a quien se precia hoy de hacer uso de los conceptos legados, posteriormente, por Freud y Lacan: velar porque el hombre abandone la minoría de edad. El acto que promovemos, sostenidos en los fundamentos del psicoanálisis, asume como fin, la mayoría de edad; esto es, si seguimos con lo encontrado en dicho texto, velar por la obligación del sujeto, de hacer uso del entendimiento sin verse guiado por ningún otro. Esto implica asumir la responsabilidad de su destino y exculpar a cualquier otro del uso de su propio entendimiento por falta de resolución y valor.

No podríamos afirmar que sea la pereza y la cobardía, como enuncia Kant, las culpables de que el sujeto permanezca gustoso en la minoría de edad por toda su vida y que por ello permita que otros se empoderen como sus guías y tutores existenciales. Las premisas psicoanalíticas señalan otras causas; pulsión, transferencia, inconsciente, compulsión a la repetición, se le da por nombre a esos lastres; pero las técnicas de conformidad con la minoría de edad siguen siendo las mismas: leer un libro de auto-ayuda, (que si no son todos, son casi todos), conseguir un guía espiritual y, también, un médico, un entrenador personal o un dietista para que cuide de nuestro cuerpo; y todo aquel agente externo que permita evitar las molestias de hacer uso del propio entendimiento, de encarar a la mayoría de edad. Y para cortar esos lastres, que impiden que el sujeto empiece su tránsito hacia la mayoría de edad, es que el acto que se precie de escucha se justifica: arrancarlo de las comodidades y seguridades que le brinda el tutor, (padre, madre, maestro, experto, docto, etc.), que lo aleccionan de los peligros y lo peligroso que sería el asumir su

29 Kant, Inmanuel (1784). Contestación a la pregunta: ¿Qué es la ilustración? En Kant, Inmanuel. (2004). ¿Qué es la ilustración? y otros escritos de ética, política, y filosofía de la historia. Edición de Roberto R. Aramayo. Madrid. Alianza.

propio entendimiento, asumiéndolo siempre incapaz, siempre menor de edad. Seguridades y peligros que subyacen en el inconsciente y que, sin embargo, pueden ser superados por su calidad de imaginarios aunque persistentes.

Hacer consciente lo inconsciente, (independiente de lo que esto pueda ser y cómo pueda hacerse), es hoy el camino de un acto de escucha y siempre ha sido el camino de la Ilustración. Como lo hemos reiterado, la apropiación y uso por parte del ser hablante de su propio entendimiento. Desamarrarlo de esos lastres en los cuales ha fundado su existencia para que asuma esa nueva fundación en responsabilidad. Abandonar reglas, fórmulas, manuales e instrumentos que le son donados por sus tutores y en cambio ponga los suyos; sus reglas, sus fórmulas, sus manuales, sus instrumentos: eso, a nuestra forma de ver, es el saber hacer con, el saber hacer con el propio entendimiento, el saber hacer con su inconsciente. De antemano, puede que sea una empresa fracasada, pero esos cuantos pocos que han logrado avanzar un gran trecho hacia la mayoría de edad, incentivan que el acto de escucha se deba mantener; a nuestra manera de concebirlo: el acto de libertad; pues sólo se es libre en el lenguaje y es allí en donde se puede captar la gran dimensión y emergencia del propio entendimiento. Sin embargo, para que se dé el acto de escucha, el acto de libertad por excelencia, se debe contar de antemano con alguien que haya adquirido la mayoría de edad (o al menos que haya avanzado hacía allá en un gran tramo); nada fácil de encontrar a pesar de una promoción y publicitar de competentes. La mayoría de edad del escucha; esto es, el uso de su propio entendimiento, es la única garantía para que otros puedan abandonar la minoría de edad; en otras palabras, no sigan siendo presos de lo inconsciente. De lo contrario serán dos menores de edad, fingiendo haber y estar adquiriendo la mayoría de edad: el acto de escucha se tornará un embuste; tanto o igual a cualquier acto que mantiene al sujeto incapacitado para vivenciar su genuina existencia. El acto de escucha, el acto de libertad no está garantizado; por un lado, aflora la infantilidad de aquel que no la ha logrado superar a pesar de su nombramiento como competente y por el otro, la del escuchado, que aun siéndole ofrecida la libertad, clama por mantenerse ajeno a los criterios y mandatos de su propio entendimiento.

No obstante, si el acto de escucha es un acto de libertad, habrá que sopesar si éste depende de un espacio y un tiempo, (consultorio); o si acaso el escucha esté en obligación de dejar que la libertad en acto, fluya en cualquier coordenada donde se ve compelido a estar y tenga que afectar a otro: la casa, la calle, la escuela, la empresa, la ciudad, etc.; parafraseando la sentencia platónica: ser escuchas hasta en nuestras acciones más comunes y corrientes. El escucha, sólo en su mayoría de edad, estaría en condición de responder a dicha inquietud.

Se atreve a actuar bajo la égida de su propio entendimiento, exclusivamente, para sí mismo, dando lugar a que el escuchado actúe en consecuencia con su propio entendimiento, o se asume único capaz de entender lo que le conviene al otro. Se atreve a poner su entendimiento y actuar más allá de su consultorio o seguirá restringido a ese lugar imaginariamente instituido por alguien más. ¿O será, tal vez, que como el príncipe temeroso y aun infantilizado, el competente escucha exclame: hable, hable cuanto quiera, entienda, pero nunca deje de obedecerme?

Pero yendo esta vez el escucha, más allá de cualquier restricción pública o privada al entendimiento y en tanto el saber hacer que emana del acto de escucha obliga a dar la libertad a todo sujeto, la relación con lo instituido, con el gran Otro, deberá seguir siendo del arbitrio al que llegare cada uno con su sabio entendimiento. No habría ningún salvamento de voto por la libertad que obligue, ni en lo más nimio, a obedecer; no hay escuela que compela al cumplimiento; lo que habrá o, a lo que se dará lugar, es a una posición crítica ante lo previamente promocionado como saber y hacer, -material primero con el que se alimenta el entendimiento para el logro y progreso del suyo propio. Lo establecido se acepta en el inicio, pero solamente para empezar a ser cuestionado por el propio entendimiento. Aún más, y como refiere el autor del texto de marras, (Kant), todo salvamento de voto por la libertad, que vaya en contra de la obtención de la mayoría de edad, sea impuesto o auto-impuesto, no simplemente es nefasto para el sí mismo de ese ser hablante sino para el sí mismo de toda la humanidad.

Aún más, ningún precepto moral podrá ser esgrimido por el escucha, para restringir la libertad de entendimiento del escuchado e imponer el suyo. Del bien y del mal, sabrán todos quienes se arriesgan al abandono de la minoría de edad; no solo alguno de ellos. Imponer preceptos morales (suyos o ajenos), coadyuvar o restringirlos, no es propio del escucha ni del acto de escucha, del acto de libertad. No es suficiente con esgrimir que aún no han hecho suficientemente consciente lo inconsciente; porque inconscientes seremos y lo seguiremos siendo. Por esto, el escucha, no debe considerar deshonroso, el no inducir al escuchado a nada en cuestiones relacionadas con la manera de existir y dejar en plena libertad de que el entendimiento propio sea el que determine en estos asuntos; el escucha ha debido entender previamente, que el entendimiento es el único capaz de rectorar y rectificar una modo de existenciariedad.

Si al día de hoy, el escucha se precia por un lado, de poner como anhelo y guía la emergencia de lo inconsciente, y por el otro, desprecia aquellas divisiones entre lo íntimo y lo éxtimo, lo público y lo privado, lo social y lo subjetivo,

ninguna ayuda que no emane de él deberá ser tenida como válida. No habrá salvador, redentor, emancipador o apoyo que no sea el ser hablante mismo. Curas públicas, sociales y colectivas lo mismo que privadas, íntimas e individualizadas, sólomente podrán tener un solo y único origen: el encuentro del ser hablante con su sí mismo; el encuentro con lo inconsciente. Si el escucha salva, redime, emancipa o apoya, será precisamente porque de inicio renuncia a ello, dando lugar a que sea el entendimiento propio, el que por excelencia cumpla dicha labor. El escucha, siendo mayor de edad, ya habrá dado cuenta que no es un saber y menos extraño, lo que necesita el escuchado; y en cambio sí, que lo que más se requiere es el saber hacer allí con lo inconsciente, saber hacer con su inconsciente.

Un paso crucial en la emancipación del hombre hacia la mayoría de edad, está claramente evidenciado en el transcurrir ya del politeísmo al monoteísmo; pero fundamental será para decididamente asumir que se está en procura de la mayoría de edad, el dar el siguiente paso; esto es, pasar del monoteísmo al ateísmo. Se hace más que necesaria la ausencia de todo poder externo en las decisiones del ser hablante, y en cambio sí, el arraigo en que todo poder yace en su interior, será decisivo para, finalmente, abandonar la minoría de edad.

Si bien la presencia del otro es necesaria para el cuidado de sí, no se debe olvidar que la presencia es imaginaria, nada real; a menos que confesemos que el otro, el único otro que porta la cualidad real, es el lenguaje y en ningún momento otro ser hablante. Siendo así, otro ser hablante es meramente producto de la invención con el lenguaje de ese ser que habla, al cual se le endilga de manera imaginaria, características simbólicas y reales. El otro, como tal, únicamente le corresponde al lenguaje. Esto viene a ser precisamente lo aportado por el psicoanálisis, el otro ser hablante ante aquel que se habla, es una invención propia del lenguaje; el otro ser hablante en lo real, es meramente un significante al cual le son endosadas esas tres dimensiones (R.S.I.), señaladas con insistencia por Lacan.

En consecuencia, debemos dejar en claro que una palabra, cualquiera que esta sea, definitivamente no es un concepto atrapado en un significante cualquiera, sea escrito u oral, en síntesis, en una sola palabra. Una palabra es comprensible y entendible en una cadena significativa exclusivamente; esto es, en una cadena discursiva, en una cadena de palabras (inagotable por cierto), que intenta limitar aquello que le es propio, en contraposición a lo que no lo es. Por otro lado, se hace necesario señalar que entre sustratos real, imaginario y simbólico no hay identidad, hay analogía; esto es, semejanza. Por tanto, cualquier enunciado debe partir de dicho postulado y ser cautelosos de afirmar

cualquier identidad entre sustratos cuando la referencia es un sustrato determinado. Lo que se dice desde lo simbólico solo es válido para lo simbólico y lo mismo aplica para los otros dos en mención. El efecto que pueda ocasionar en otro sustrato es de semejanza, por tanto invalidado de entrada, cualquier efecto de autenticidad incuestionable.

Dadas estas explicaciones, ¿qué podría ser entonces la metáfora y la metonimia? si no la intención más honesta de narrar un acontecimiento real, no obstante la imposibilidad de llevarla a cabo y la gravedad con que dicha descripción termina siendo el modelo y la forma para permitir la comprensión y el entendimiento de otros hechos venideros. Aquel que se atreve a hacer la más pura narración de un acontecimiento, pronto se dará cuenta que sus palabras son tomadas para explicar otros acontecimientos similares o relacionados en cuanto a forma y contenido. Esa similitud y esa relación, meramente posible por la capacidad simbólica del ser hablante es, precisamente, la metáfora y la metonimia. No obstante, se descubre que si bien sus palabras, siendo ahora metáfora y metonimia permiten un acercamiento comprensivo e intelectual a un acontecimiento nuevo, éstas no obvian la necesidad y perentoriedad de hacer uso de la descripción pura de un nuevo acontecimiento en ausencia de su apoyo, si quiere trascender a ser nueva metáfora y nueva metonimia para otros; solo así, esta descripción podría asegurarse el que, posteriormente, sea tomada de forma metafórica y metonímica. De otra manera, será un acontecimiento medianamente comprendido y entendido pero no será apoyo para entender y comprender otros venideros. Ahora, lo que no se puede olvidar es que a toda comprensión e intelección subyace una intención operativa; y por ser de esta guisa, el apoyo en una narración anterior, esto es, el hacer uso o no de una metáfora o una metonimia, solo está justificado en su potencialidad afectante; esto es, en su fuerza para operar sobre el acontecimiento mismo.

Así las cosas, el problema no sería ya, aceptar que toda palabra es una ilusión que obliga al ser hablante, en determinado momento histórico, a una práctica de ser, una práctica de saber y una práctica de hacer, pues esto ya había sido bastante denunciado y declarado en la obra Michel Foucault.³⁰ El problema será ahora otear el origen de esas palabras, develar la manera como se imponen a un colectivo y, mucho más necesitado ahora, buscar esas formas como algunos seres hablantes se han resistido a la imposición y fuerza de cualquier modo de existenciariedad; sondear en esos puntos de resistencia de aquellos que tienen por antonomasia ganado, el logo de revolucionarios.

30 Cualquier texto que se tome del autor será suficiente pero para mi gusto, lo encuentro detallado en los últimos tres seminarios dictados.

El pueblo, el colectivo, no tiene alma; el alma es exclusiva del ser que habla y por ello imposible la promoción de una cura colectiva. La cura ha de darse directamente en un ser que habla, pues es él, el que usurpa la voz del pueblo, quien toma las decisiones que afectarán en la masa. Un pueblo nunca habla, nunca ha hablado; siempre son los seres hablantes quienes lo han hecho y cada uno en su hablar, habla en su nombre propio. Así que las afectaciones que debe sufrir el pueblo, se nos antojen justas o injustas, nunca han sido de su propia producción, siempre le han sido impuestas por el criterio de justicia o injusticia de un ser que habla, de ese ser único que tiene alma. Una arista más del mismo problema, a lo sumo mucho más importante, es que el pueblo no escucha; quien escucha es aquel que tiene alma y por tal motivo, sería irrisorio hablar a los sordos, intentar cualquier convencimiento razonado; el razonamiento y el entendimiento sin más, es esperable del ser que habla, nunca del pueblo.

No obstante, ¿Qué sabe el ser hablante de sí mismo para osar decir que algo sabe? ¿Qué sabe el conocedor de sí mismo para garantizar que sabe algo sobre los objetos, sobre el futuro, sobre los haceres? En tanto la duda persista, cualquier saber debe ponerse entre paréntesis, evitando dar por indiscutible lo enunciado; mientras tanto, el ejercicio será perenne, intentar dar razón sobre el sí mismo, si se quiere asegurar la verdad sobre el otro; y si en algún momento la verdad sobre el sí mismo fuera revelada, ora sí con seguridad el objetivo habrá sido cumplido, ahora sí se podrá profetizar, adoctrinar y vender una técnica como insuperable. Mientras eso no suceda, se sugiere, el deber de ser cautos. El saber de sí mismo sigue siendo crucial y fundamental para el saber sobre lo otro, nada de lo otro (futuro, objetos, hacer), puede sustituirlo; ellos, inmisericordemente, dependen de aquel.

Entrar al futuro de espalda puede ser la resolución más indicada para aquel que efectivamente esté interesado en el cuidado de sí mismo; la mirada sobre lo hecho en el pasado, permitirá decidir qué se puede y qué no volver a repetir en el futuro; pero de nada servirá proyectar acciones al futuro si no tiene un referente en lo antes hecho y de lo cual ya se conocen las consecuencias plenamente. De igual manera, tal como recomendaban los clásicos del cuidado de sí mismo, se hace necesario tener netamente definidas, las acciones que están bajo nuestro control y aquellas que no lo están y que, sin embargo, pueden incidir en nuestro destino. Sobre lo que está en nuestro alcance y control, lo que se espera es tomar la mejor decisión; y sobre lo que no lo está, aceptarlo tal como venga, sin la menor expectación o remordimiento.

Que el cuidado de sí mismo es algo que nunca termina, debería darse por sentado; aunque son cosas aparentemente sencillas y simples, cuando se toman en serio, muestran el grado de dificultad y el por qué no es tarea que se

logre en poco tiempo, sin esfuerzo y constancia. El control sobre el cuerpo es todo; pero esto implica el control sobre las emociones y los deseos; asuntos que no son fáciles de sobrellevar. Y mal se hace si se considera que por estar pendiente del cuidado de sí mismo se descuida el cuidado del otro, pues aquel que logra el control sobre su cuerpo y sus deseos, no puede llamarse más que un ser político; esto es un ser hablante preocupado, esencialmente, por lo social.

El deseo no es cualquier cosa, no es una esperanza fantástica ni tampoco está a la vuelta de la esquina; el deseo es aquello que centra la existencia del ser hablante; no es ni fácil, ni difícil, está siempre a la altura de las capacidades de aquel que lo encuentra; pero sólo es alcanzable con el trascurrir completo de la propia existencia. Entonces, el deseo hace una existencia y se mantiene en la existencia. En tales condiciones, se puede vivir sin deseo pero únicamente se puede existir cuando se desea, cuando se tiene claridad sobre lo que se desea; esto es, cuando se da el encuentro con el deseo propio. El deseo no es de cosas, el deseo es de saber, el deseo es de lugar, el deseo es de tiempo; saber lo que se necesita para ocupar ese lugar.

La ley la instauro el deseo, no puede ir ésta en contra del deseo. No es cuestión de disyuntiva pues de ello no hay tal; la ley es el anverso del deseo; allí es donde se descubre, sin ambages, la intencionalidad del deseo de postrar y enclavar al objeto para su más excelso y puro placer; esto es, para su más logrado cumplimiento. No hay opción de renunciar a la fuerza del deseo, fue enseñanza primera de Freud; el deseo no permite su extirpación; a lo más, permite la negociación; pero como buen negociante, nunca cede a su pretensión de plus. Y es en ese sentido, donde es entendible la ley; donde nada de la potencia deseadora se ha perdido ni limitado, sino que, antes más, se ha extendido en su afán de usura. No es enteramente correcto referir que la ley regula el deseo; más plausible aseverar, la expansión de su fuerza deseadora. En ese orden de ideas, la disyuntiva sería mi deseo o su deseo o, lo que es lo mismo, su ley o mi ley, ... o, también, sujeto u objeto del deseo, sujeto u objeto de la ley.

Una existencia autónoma y obligada a refrendar que se es dueño sobre el propio destino es a lo que se incita aquí al ser hablante. Existencia que se manifiesta en ese cuerpo que se porta y en ese deseo que lo mueve. ¿Se tiene el control sobre ese cuerpo y se tiene claridad sobre lo que se desea? Eh ahí lo fundamental; acreditando con las acciones cada uno de los enunciados expresados y sin ninguna justificación para las inoperancias que puedan emanar de lo dicho. Refrendar su decir con su hacer lo es todo; nada de defensas que justifiquen la ineficacia de un decir. Poder dirimir entre aquello que definitivamente está bajo la jurisdicción de un ser hablante y aquello que no lo está,

es lo necesario y más que suficiente; pero nunca poner esto último, en la voluntad de extraños poderosos ni entes semejantes, de los cuales no se tiene más evidencia de su existencia que la ignorancia del ser hablante y el miedo a aceptar los propios límites de su voluntad. Lo que un ser hablante no puede decidir, no necesariamente ha tenido que ser decidido por algo o alguien; y si fue decidido por algo ajeno a él, no necesariamente debe saber qué o quién lo decidió. Aceptar lo anterior, desembaraza de tener que hacer uso de la creación de insólitos justificadores.

Lo que deja registrado la tradición es que ningún ser hablante podría desarrollar un fin distinto a aquel que no es el suyo; no obstante, si no encontrara cuál es ese, su confusión lo llevaría a cumplir mediocrementemente el fin de otros o a vivir el propio de manera incompleta. Esto conduce a ubicar el deseo como el encuentro de su genuino fin, aquel que él y solo él podría cumplir a cabalidad. Se hace indispensable distinguir las necesidades o pedido del cuerpo, y diferenciarlo del deseo, propio del alma, (o si se prefiere, propio de lo psíquico). Y en esa diferencia, se habrá de evidenciar la perenne pugna, la lucha entre la satisfacción que pide el cuerpo y la satisfacción que pide el alma. En este orden, el pedido del cuerpo, la necesidad, (ananké) se contrapone al anhelo, el pedido irrefrenable del alma.

No se puede afirmar la ausencia de deseo en el proyecto de un ser hablante y una sociedad actual; donde para nada le caben los calificativos de moderno, posmoderno o progresista. Tal vez, lo más adecuado sea denunciar la pérdida de ese deseo o más, exactamente, la desviación de él, el no encuentro con el auténtico deseo. El proyecto del ser hablante y lazo social ha quedado limitado a la consecución de una fuente de trabajo y con ello, la adquisición de otras cosas que no tienen pleno significado ni el mayor sentido. La existencia de esos seres hablantes de hoy está centrada en la preparación para lograr un puesto de trabajo en un sistema económico, asumido cómo el único capaz de brindar la estabilidad y garantía para llevar una vida dignamente humana. Con esto viene la adquisición de una familia, en igual manera, previamente instituida bajo un único y exclusivo modelo; también la adquisición de unos bienes y servicios preestablecidos e insoslayables para todos, que son ofrecidos para asegurar la felicidad con su tenencia. Empero, el logro de eso se hace pronto, fácil, desencantador y fragmentado; y, en consecuencia, aparece el sobrante y la renuncia a la vida de un cuerpo-órgano que permitiría mayores logros, mucho más complacientes, compactos y concordantes con el potencial mismo del ser hablante, pero cuyo éxito no está plenamente asegurado. Así, el deseo se confunde con el gusto; lo material visible con el objeto; las cosas vanas con el objeto mismo de la existencia humana. Un puesto de trabajo, una familia, una

pareja, una casa, un automóvil, una vaca, una silla, etc., no pueden ser más que elementos de gusto, pero en ningún momento pueden ser catalogados como objeto del deseo; sin embargo, ahí es, donde se percibe la desviación, la ausencia de encuentro con el deseo mismo. El objeto del deseo, aquel que pide más vida para un cuerpo-órgano, que sostiene y mantiene la que se tiene para su cumplimiento, es lo que anda refundido y, posiblemente, sean unos muy pocos, los que anden hoy día en su búsqueda o esperando el encuentro con él. El deseo todo es, menos materia perceptible por los sentidos; el deseo, podemos decir, es materia entendida, del cual se puede tener alguna comprensión: por tanto, el objeto mismo del deseo no puede reducirse a ningún tipo de materialidad sensible, aunque dicha materia pueda servir de referente para su entendimiento.

Advenimos fascistas al mundo y la gran lucha, que ha de encarar cada ser hablante, es exactamente esta, dejar de imponer nuestros criterios a los demás hablantes y permitir que cada uno se autoimponga su criterio; ya con eso es suficiente. Si a cambio de querer imponer nuestros criterios al otro, - desvalorizando la necesidad de imponer los propios criterios a nuestro sí mismo-, promulgamos por ser coherentes con lo que enunciamos, el problema de lo "humano" sería otro; no sería ese mismo que ha ocupado su hacer durante tantos milenios. La hegemonía no se impone, la hegemonía debe emerger espontáneamente, si aquella en alguna parte de lo real yace. Por eso se debe insistir, la lucha, la única lucha que ha de encarar es contra el fascismo que quiere homologar a todo ser hablante bajo un mismo saber y una misma práctica.

Una posición ética es lo que se necesita; una posición que arrastre a otros seres hablantes a su cumplimiento. Pero no mediante la imposición violenta y grosera sino mediante la seducción propia de quien se convierte en objeto de deseo del otro. La posición ética, esa que conlleva imaginar y simbolizar un real imposible para desde allí actuar, es lo que debería preocupar y ocupar al ser hablante; la anejiación de otros a esa posición, total o parcial, en poca o gran medida, no debe ser ningún motivo de intencionalidad intrusiva y policiva; el despertar el deseo en el otro, al hacer evidente la forma como ese ser hablante se actúa, imagina y piensa, será lo mucho, lo poco o nada esperado. Con sostenerse en una dicha posición ética es más que suficiente para garantizar el lazo social.

REFERENCIAS

Baron, Anton. (2011). Vida y enseñanza del Buda. Bosque de Theravada. Madrid. Disponible en www.bosquetheravada.org

- Bhuda. (2004). (Trad. Claudio Dusetti). El Dhammapada. El sendero de la realización interior. Hastinapura. Buenos Aires.
- Carrillo, Salvador. (2008). Pablo, Apóstol de Cristo. Su vida y sus epístolas. Verbo Divino. España.
- Cicerón. (2013). Sobre la vejez. Sobre la amistad. Madrid. Alianza.
- Diógenes Laercio. (n.d.). Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres. Biblioteca Virtual Universal. (n.s.)
- Engels, Friedrich. (1884/2008) El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Alianza. Madrid.
- Epicteto. (2011). Manual o Enquiridión. (Edit. Hernán Soto). Santiago de Chile. LOM.
- Epicuro. (1994). Obras. (Trad. Montserrat Jufresa). Barcelona. Altaya.
- Foucault, Michel. (1969/2010). La arqueología del saber. Siglo XXI. México.
- Foucault, Michel. (2002). La hermenéutica del sujeto: curso en el Collège de France: 1981-1982. México. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. (2010). El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II: curso en el Collège de France: 1983-1984. México. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. (2011). El gobierno de sí y de los otros: curso en el Collège de France: 1982-1983. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Kant, Immanuel (1784). Contestación a la pregunta: ¿Qué es la ilustración? En Kant, Immanuel. (2004). ¿Qué es la ilustración? y otros escritos de ética, política, y filosofía de la historia. Edición de Roberto R. Aramayo. Madrid. Alianza.
- Kuhn, Thomas. (1962/2006). La estructura de las revoluciones científicas. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- León, D.; Castro, J. Conciencia, una revisión. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la conciencia. Bibliomedias. Colombia.
- Marco Aurelio. (2013). Pensamientos. Madrid. Antígona.
- Orozco-Cabal, L; Barrat, E; Bucello, R. Implicaciones para el estudio de la neurobiología de la experiencia consciente. El acto impulsivo. En Rozo, J.; Perez-Acosta, A. (2015). El reto de la conciencia. Bibliomedias. Colombia.
- Platón. La apología de Sócrates. En Obras Completas. Edición Patricio Azcárate. (1871). Tomo I. Madrid.
- Popper, Karl. (1934/2008). La lógica de la investigación científica. Tecnos. Madrid.

El despertar de la inquietud de sí

Séneca. (2013). De la brevedad de la vida. Madrid. Antígona.